



MARIAN ENGEL

Oso

Traducción de Magdalena Palmer



Lectulandia

Publicada en 1976 y adorada por Robertson Davies, Margaret Atwood o Alice Munro, *Oso* es una novela delicadísima y calculadamente transgresora, una auténtica parábola de la vuelta a la naturaleza.

La joven e introvertida Lou abandona su trabajo como bibliotecaria cuando se le encarga hacer inventario de los libros de una mansión victoriana situada en una remota isla canadiense, propiedad de un enigmático coronel, ya fallecido. Ansiosa por reconstruir la curiosa historia de la casa, pronto descubre que la isla tiene otro habitante: un oso. Cuando se da cuenta de que este es el único que puede proporcionarle algo de compañía, surgirá entre ellos una extraña relación. Una relación íntima, inquietante y nada ambigua. Gradualmente, Lou se va convenciendo de que el oso es el compañero perfecto, que colma todas sus expectativas. En todos los sentidos. Será entonces cuando emprenda un camino de autodescubrimiento. A pesar del impacto que causó su publicación, *Oso* se alzó con el Governor General's Literary Award en 1976 y está considerada una de las mejores (y más controvertidas) novelas de la literatura canadiense.

Lectulandia

Marian Engel

Oso

ePub r1.0

Titivillus 13.03.2019

Título original: *Bear*
Marian Engel, 1976
Traducción: Magdalena Palmer

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Para John Rich,
que sabe cómo piensan los animales

*Los hechos se vuelven arte mediante el amor,
que los unifica y encumbra a un plano
más elevado de la realidad; en el paisaje,
este amor que todo lo abarca
está expresado por la luz.*

KENNETH CLARK
El arte del paisaje

1

En invierno vivía como un topo, enterrada en las profundidades de su despacho, escarbando entre mapas y manuscritos. Se alojaba cerca del trabajo y hacía la compra de camino al instituto, correteando apresurada de un refugio a otro por el túnel del invierno, sin perder el tiempo. No le gustaba sentir el aire frío en la piel.

Su despacho estaba en el sótano del instituto, cerca de la caldera, protegido por un mural de libros, archivadores de madera y fotografías enmarcadas, marrones y muy viejas, de temas insólitos: el general Booth y una abuela anónima, la ciudad, una vista aérea de Francia en 1915, grupos de atletas y zapadores; cosas que la gente le llevaba porque no quería tirarlas y porque sabía que conservarlas era su trabajo.

—No tires esas cosas —decía la gente—. Llévalas al Instituto Histórico, puede que les interesen. Quizá fuera alguien más importante de lo que creíamos, aunque bebiera.

Y así, gracias a la generosidad de los demás, ella había recuperado una felicitación navideña de las trincheras con una bota de celuloide, un poema dedicado al municipio de Chinguacousy escrito en pergamino y adornado con un mechón de cabello o la fotografía autografiada del fundador de una empresa de semillas absorbida por la competencia hacía ya mucho tiempo. Nimiedades que servían para recordarle que antaño había existido el mundo exterior y que el presente era mucho más que el ayer y sus papeles amarillentos, su tinta parda y esos mapas que se desintegraban al desplegarlos.

Sin embargo, cuando mejoraba el tiempo y conseguía filtrarse algo de sol por las ventanas del sótano, cuando flotaba polvo primaveral en los rayos de luz y los viejos ceniceros de estaño empezaban a apestar a un invierno de nicotina y contemplación, los defectos de su gris mundo privado se hacían evidentes hasta para ella, pues, por mucho que adorase las cosas viejas y gastadas —cosas ya amadas y sufridas, objetos con un pasado—, al verse los brazos pálidos como babosas y las huellas dactilares con manchas de tinta

viejísimas, al comprobar que los comunicados del tablón de anuncios estaban arrugados y obsoletos, al descubrir que sus ojos ya no enfocaban ante tanta luz, siempre se avergonzaba, pues la imagen de la Buena Vida que tiempo atrás había grabado en su alma era muy distinta de esta, y el contraste le hacía sufrir.

Este año, no obstante, escaparía de ese vergonzoso momento de la verdad. El topo no se vería obligado a admitir que tendría que haber sido antílope. Cuando el director la encontró entre sus archivos y mapas enrollados, se plantó solemne bajo una hilera de retratos de familia donados a la institución con la excusa de que sería impío colgarlos en el baño (como estaba de moda por aquel entonces) y le anunció que el pleito por la propiedad Cary se había resuelto, por fin, a favor del instituto.

Él la miró, ella lo miró: había ocurrido. Por una vez, en lugar de certificados de asistencia a catequesis, viejos documentos de emigración, sobres con fotografías dominicales o marchitas cartas de amor de granjeros desconocidos, les habían legado algo de valor.

—Será mejor que hagas las maletas, Lou, y te encargues del asunto. El cambio te hará bien —dijo el director.

Cuatro años atrás habían recibido la carta de un bufete de abogados de Ottawa. En ella les comunicaban que un tal «Coronel Jocelyn Cary» declaraba que su patrimonio liquidado, que incluía la isla de Cary, la propiedad conocida como Pennarth y el contenido de sus edificios, había sido legado al instituto. Los abogados añadían que Pennarth tenía una gran biblioteca con documentación relevante sobre los primeros asentamientos en la zona.

Lou y el director habían buscado referencias sobre Cary en sus archivos y también enviaron investigadores al Archivo Provincial. Desempolvieron un documento con la arcaica caligrafía de la señorita Bliss, la predecesora de Lou, en el que se daba cuenta de la visita de Jocelyn Cary en 1944 durante la cual se propuso la donación. A la sazón, el director estaba en el extranjero; el instituto pasaba por horas bajas. No se hizo nada por concretar la oferta y, para cuando Lou dejó de crecer y empezó a trabajar en el instituto, hacía tiempo que la señorita Bliss se había dado a la bebida y recargaba sus archivos con comentarios de lo más increíbles.

—Bueno —dijo el director con cautela—, será mejor que no nos hagamos ilusiones. Jamás nos había pasado nada igual.

Los familiares habían impugnado el testamento, por supuesto. Todos sabían que la isla de Cary ya no era un mero enclave aislado en un río

solitario; los automóviles, las lanchas motoras, las motos de nieve y el dinero la habían transformado en una propiedad inmobiliaria.

Mientras el director se encargaba de agenciarse ayuda legal del Gobierno Provincial (que se había hecho gradualmente con el control del instituto), Lou revolvió y escarbó en bibliotecas y archivos, suplicando mientras trabajaba que la investigación revelase lo suficiente para investir a su sujeto de una personalidad propia. Había descubierto que la tradición canadiense era, por lo general, mojigata en este sentido. Cualquier prueba de que un antepasado hubiese hecho algo más que rezar y trabajar solía destruirse. Este hábito lograba que las familias se volvieran convenientemente respetables en retrospectiva, pero —como el director y ella lamentaban a menudo— resultaba desastroso para la Historia. Si uno de los Cary había tenido bastante dinero y energía para construir una casa en el remoto Norte y llenarla de libros, es que había sido alguien fuera de lo común. Dependía de Lou averiguar cuán fuera de lo común y, entretanto, rogar a los dioses, las musas o los parlamentarios que supervisaban los asuntos del instituto que saliesen a la luz datos suficientes para revelar el negativo de la historia de aquella región.

El coronel Cary artífice de la donación había incluido un resumen con las hazañas de dicho antepasado. Parecía que el viejo coronel, nacido en el año en que estalló la Revolución francesa en una respetable aunque plebeya familia de Dorset, se había alistado como soldado a edad temprana y había servido en Portugal y en Sicilia durante las guerras napoleónicas. A los veinte años se casó con una tal señorita Arnold, cuyo padre era ordenanza de las tropas destinadas en Mesina. Ascendió en las filas de la artillería, engendró con su esposa un buen número de hijos y sirvió con honores en varias campañas en el valle del Po antes de volver a Inglaterra al final de las guerras, con su prole pero sin empleo a la vista.

Toda aquella información se había verificado mediante referencias a diversos registros de la propiedad, nombramientos, recomendaciones y menciones militares.

Durante el servicio militar, apuntaba su descendiente, el coronel había empezado a encapricharse con la idea de vivir en una isla. La leyenda familiar contaba que un caluroso verano, mientras servía en Malta, el coronel abrió un atlas del Nuevo Mundo, cerró los ojos y eligió la isla de Cary con un alfiler.

Lou se lo imaginó en una letrina militar, aquejado de disentería estival y soñando con un vaso de agua fresca. El alfiler sobraba. Tras una infructuosa búsqueda de empleo en Inglaterra, vendió las propiedades que le quedaban allí y, en 1826, se mudó con su familia a Toronto, en aquel entonces York.

Correcto. Estaba en los registros. Cary. Coronel John William. Shutter Street, número 22. Caballero.

No fue hasta 1834 cuando obtuvo permiso (*El peticionario solicita humildemente...*) para establecerse en la isla de Cary, tras haber prometido construir allí un aserradero y aportar un barco de vela para el comercio de la región.

«Sin embargo, mi abuela —había escrito su descendiente— se negó a internarse en las remotas tierras vírgenes y a enfrentarse a las inclemencias del Norte. Era de temperamento meridional, aunque no lo fuera por linaje. El coronel se vio obligado a dejarla en York con sus hijas y los hijos menores. Se marchó al Norte con el segundo de sus hijos, Rupert (creo que el primogénito, Thomas Bedford Cary, estaba delicado de salud, pues lo enterraron en 1842 en el cementerio Necrópolis), y vivió austeramente en la isla durante el resto de su vida».

Las referencias oficiales a Cary eran escasas. Su solicitud de asentamiento en la isla y su posterior adquisición, financiada con la venta de su grado de coronel, constaban en los registros. Según los directorios de la ciudad, la señora Henrietta Cary siguió viviendo en respetables direcciones de York mucho después de que la ciudad se rebautizara como Toronto. El coronel fue nombrado juez de paz del distrito del Norte en 1836.

Y se le despidió en un funeral militar en Sault Ste. Marie en 1869, a la edad de noventa años.

Eran los años transcurridos en la isla de Cary los que Lou se disponía a investigar y descubrir. Ya que el instituto había ganado el juicio con costas incluidas, la enviarían a inspeccionar la propiedad ese mismo verano. Solo era cuestión, como recomendaron los abogados y los que cuidaban la propiedad, de esperar a que el buen tiempo facilitase su estancia en Pennarth, que nunca había tenido calefacción central.

2

El 15 de mayo Lou cargó carpetas, papel, fichas, cuadernos y una máquina de escribir en su coche. Había desenterrado su viejo equipo de acampada: chaquetones de lana a cuadros, botas de montaña y un saco de dormir juvenil. El director le estrechó la mano como despedida y retrocedió por el olor a naftalina.

—Tu hombre se llama Homer Campbell. Sales de la autopista 17 en Fisher's Falls y continúas por la nacional 6 hasta un pueblo llamado Brady. Doblas a la izquierda en el cruce y sigues el río hasta llegar al puerto deportivo de Campbell. Homer te prestará una barca y te llevará a la isla. Hablé ayer mismo con él. Dice que ha instalado un nuevo depósito de propano y que ha hecho que alguien limpie la casa.

La carretera se dirigía al norte. Lou la siguió. Tras cruzar un Rubicón en la divisoria de aguas empezó a sentirse libre. Aceleró eufórica, rumbo a las tierras altas.

El inventario de la casa y de los anexos facilitado por los abogados indicaba que no necesitaba llevar muchas cosas. La casa no era una cabaña. Tenía seis habitaciones, entre las que se incluía la biblioteca. Había muchos sofás, muchas mesas, muchas sillas. Mientras pasaba revista al inventario, fue imaginándose aquellos muebles de patas amplias y separadas. Presentía que todo sería confortable.

La tierra era un frenesí de verde reciente. Al cruzar la bahía en la cubierta del transbordador que comunicaba el arco fragmentado de islas calizas, se estremeció. Las gaviotas sobrevolaban en círculos la embarcación y a lo lejos sonó una sirena. Pasó ante una isla grande donde había querido vivir toda su vida y ante una pequeña, que los indios suponían hechizada, donde la habían llevado de niña. Recordaba que había llegado en un gran barco y que al bajar a tierra encontró todos los senderos cubiertos de hiedras venenosas tan altas como ella. Sus padres buscaban gencianas azules y hepáticas blancas. Entretanto, Lou se quedó fascinada por el esqueleto de la libélula más grande

del mundo; estaba atrapada en una telaraña, en la ventana de una cabaña, y la habían succionado hasta secarla.

Las islitas flotaban inocentes entre las olas, mecidas por las boyas.

En esa época del año no solía haber muchos pasajeros a bordo: unos pocos cazadores, una pareja de indios con chaquetas de esquí color magenta, una pareja de ancianos que leía en lo alto de la escalera de cubierta y una familia francófona con ropa deportiva nueva en tonos pastel. La tradición de que todo lo destinado a la vida al aire libre debía estar manchado, lleno de pelusa y tener al menos cuarenta años de antigüedad parecía obsoleta, salvo para ella. Pensó en un conocido suyo que afirmaba que hoy en día era imposible encontrar una mujer que oliese a sí misma...

Ya anochecía cuando atracaron en el muelle. Conservaba nítidos recuerdos de su estancia allí. Recordaba una playa, un lago plateado y que había pasado algo triste. Sí, algo había pasado cuando era pequeña, alguna muerte. Le extrañó no haber regresado nunca a aquella parte del mundo.

Mientras esperaba para desembarcar el coche, vio que los indios subían a una furgoneta blanca.

Era demasiado tarde para llegar al puerto deportivo antes de que oscureciese; el trayecto en transbordador había llevado su tiempo, como era de esperar. Reservó una habitación en el motel de una playa desierta y se dedicó a deambular por la orilla hasta el anochecer, escuchando los pájaros.

«Tengo la extraña sensación de haber vuelto a nacer», escribió en una postal al director.

A la mañana siguiente, mientras cruzaba la isla en coche, el corazón le dio un vuelco al ver las montañas peladas de Algoma. ¿Dónde he estado?, se preguntó. ¿En una vida que ahora podría considerarse una ausencia de vida?

Durante un tiempo las cosas le habían ido mal. No podía mencionar ningún problema en concreto; más bien era como si la vida, en general, la tuviese tomada con ella. Todo se empeñaba en volverse gris. Aunque al principio se había divertido en la reclusión erudita del trabajo, en la protección que le daba frente a las vulgaridades del mundo, después de cinco años sentía que su empleo la había envejecido desproporcionadamente, que ahora era tan vieja como los papeles amarillentos que se pasaba los días desplegando. Si muy de vez en cuando alzaba la vista del pasado y miraba el presente, este se esfumaba ante sus ojos, tan inaprensible como un espejismo. Pese a haberlo comentado con el director, que rebajó aquel estado mental a simple gaje del oficio, seguía sin satisfacerle que fuera así como debía vivirse la única vida que se le había brindado.

Ya era tarde cuando aparcó junto al puerto. Entró en la tienda, una construcción de cemento, y preguntó por Homer Campbell. El tendero de cara redonda admitió que era él.

—Debes de ser la dama del instituto, el señor Dickson me ha escrito al respecto. Has llegado pronto. Podemos salir esta noche.

Llamó a su hijo y juntos empezaron a descargar el coche de inmediato. Cuando Lou se inquietó un poco por la máquina de escribir, él la fulminó con una mirada compasiva.

Homer Campbell era un hombre alegre de mediana edad. Su hijo Sim, de cabello y ojos pálidos, un fantasma, un albino, cargó silenciosamente una segunda barca con cajas de provisiones que ya le habían preparado. Homer se dirigía a su hijo con silbidos y cloqueos, como haría con un animal. El hijo tenía los pies grandes, era tímido y pasivo; quince o dieciséis años como mucho, concluyó Lou.

Se notó extraña al sentarse en la embarcación; era como si ya no fuera capaz de doblarse. Homer intentó enseñarle a arrancar el motor, pero ella se sentía muy lejos de todo aquello.

Había estudiado las cartas náuticas. Sabía que la isla de Cary estaba varios kilómetros río arriba de esa desembocadura llena de juncos que ahora empezaban a remontar. Parecía un lugar accesible sobre el mapa, pero Lou ya sabía que el coronel no había tenido en cuenta que, pese a su amplia desembocadura, el río iba apagándose corriente arriba, por lo que su pantanoso refugio estaba más aislado de lo que un cartógrafo hubiera supuesto a primera vista. Lou había leído que el aserradero de Cary fracasó porque el río, elegante y de aspecto inglés, solo suministraba suficiente agua para que el molino girase un día a la semana.

El estruendo del motor hacía que Homer le hablara a gritos. Era un hombre locuaz. Lou estaba más interesada en las formas mágicas que la rodeaban, en cómo las rocas escarpadas se transformaban rápidamente en arena y abedules, en las islas no mayores que un banco de arena, coronadas por viejas casitas verdes clausuradas que parecían perdidas y abandonadas en esa época del año. En este país tenemos vidas invernales y vidas estivales de naturalezas totalmente distintas, pensó.

Se deslizaron a través de la fría corriente, con Sim siguiéndoles en una barca plateada.

—Aunque no estás muy aislada, será mejor que guardes combustible en el depósito de la barca, por si necesitas ayuda. No creo que las tormentas te den problemas en esta época del año, pero podría caerte un rayo o podrías tener

dolor de garganta, o algo así. Joe King solo vive ahí en invierno, cuando coloca sus trampas, y su tía, la señora Leroy, una vieja india, está en Neebish con su sobrina, así que no recibirás visitas inesperadas.

»Hay una estufa de leña y otra de gas y un par de chimeneas. Tenían un calentador que Joe y yo retiramos, era peligroso del carajo. Joe ha llenado el leñero y la vieja ha barrido la casa. Ya verás, estarás calentita y a gusto. Si la anciana vuelve, la reconocerás. Es tan vieja como las colinas y no tiene dientes.

La barca era una vieja fueraborda de cedro, pero el motor estaba nuevo. Homer le aseguró que perdería menos combustible cuando le hubiera dado un poco más de uso. Había una canoa en la caseta de los botes, pero desconocía su estado. Había puesto un motor ligero en la barca porque suponía que ella no querría cargar el grande de veinte caballos hasta la casa cuando hiciese mal tiempo. Lo principal era mantenerlo limpio y seco, y el bidón de combustible siempre lleno.

Se oyó una sirena formidable. Lou dio un respingo, muy a su pesar. Homer se echó a reír.

—Parece que una vaca te acabase de mugir en el oído, ¿eh? El canal de navegación está solo a unos siete u ocho kilómetros en la otra orilla de la isla. Tendremos un buen año. El río ha abierto temprano.

De modo que esa ribera callada y sinuosa era la isla de Cary. Juncia en la orilla, detrás piedras y árboles anónimos.

—Allí está el cabo. Llegaremos enseguida.

Notó algo parecido al afecto en la voz de Homer, como si le tuviera cariño al lugar. Miró a Lou y después apartó la vista.

Nada más doblar el meandro del río, Homer señaló hacia un punto y ella vio la casa, que se alzaba blanca contra el cielo oscuro. Contuvo la respiración y esperó. Después, ya cerca del embarcadero, comprobó que su primera impresión era cierta: la casa era un clásico octógono de Fowler.

—Increíble —dijo ella.

—No está mal, ¿eh?

—No se menciona en los libros. Hay un catálogo de casas así.

—¡Oh, por aquí somos gente reservada! Solo los que se acercan en barca conocen este sitio, y nosotros no se lo contamos a nadie. Enviamos a los turistas a la casa donde se supone que Longfellow escribió ese poema indio, en el canal principal. Este sitio está olvidado y a nosotros nos parece muy bien así. Es una joya, ¿verdad? Espera a navegar sola río arriba, una mañana de julio. No hay nada igual. Coge la cuerda, Sim.

Amarraron la lancha a un pequeño muelle. Cuando ella consiguió ponerse en pie con dignidad, Sim y Homer ya habían descargado media embarcación.

—Los parientes se pusieron hechos una furia cuando supieron que Cary había donado la isla a vuestro instituto —siguió Homer—. Querían partirla en parcelas y construir casas de veraneo. El Gobierno ya no permite esas cosas. Por aquí, sube y te la enseñaré por dentro.

Tambaleándose por el peso de las maletas, Lou siguió a Homer ribera arriba por un prado verde («Sim cortará esa hierba») hasta la veranda de la casa.

—Espero que puedas apañártelas sin luz eléctrica. Hay un par de lámparas de gas, pero no dan mucha luz. Aunque sí tienes muchas ventanas.

Lou contempló la casa, dejando que las palabras de Homer le resbalasen por detrás. A la luz del anochecer era una mole discreta. Un amplio porche difuminaba las ventanas de la planta baja. Altos árboles se arqueaban encima de ella.

—Abedul negro. Esos árboles tienen algo especial; en un día caluroso de agosto, su sombra es más fresca que cualquier otra.

—No sé si estaré aquí en agosto —dijo Lou.

—Nadie se ha ido nunca de aquí de no haberse visto obligado a hacerlo. Esa nieta de Cleveland habría dado un ojo de la cara por la casa. Se ha gastado una fortuna para impedir que os la quedaseis. Aquí tengo las llaves.

Hacía tanto que no veía una llave larga y dentada que había olvidado hasta cómo se llamaban.

—No hacía falta cerrar con llave antes de que viniesen los de las motos de nieve. Lo que se gana por un lado se pierde por otro.

Sus pasos sonaron a hueco en el porche.

Homer abrió la puerta. Lou entró y dejó su equipaje en el vestíbulo. Estaba rodeada de puertas y ventanas. Delante, una amplia escalera conducía al piso superior.

Olor a aceite de estufa. Olor a ratones. Olor a polvo (los últimos rayos del sol se inclinaban a través de los viejos y pequeños cristales). Homer permaneció a su lado, casi disculpándose, buscando una sonrisa de aprobación. Lou miró escalera arriba, a la izquierda, a la derecha, y olfateó. Otro olor almizclado, inidentificable, aunque agradable. Homer se dirigió a la derecha, abrió una puerta y dejó la máquina de escribir sobre la mesa de una habitación en penumbra. El muchacho llegó con las bolsas. Pim. Pam. Salió a por más.

—Estas casas son prácticamente redondas —dijo Homer—. Acompáñame, te la enseñaré. ¿Sabes encender una lámpara de queroseno?

—Sí.

—Demuéstramelo.

Una recargada lámpara de cristal blanco colgaba del techo de la habitación, pero Homer sacó de algún otro sitio un farol de estaño como el de los ferroviarios. Lou lo encendió y, en un instante, la habitación se transformó en un resplandor de sofás y mesas de patas curvas, pedestales para plantas y helechos muertos.

—Te interesará más la cocina. Es por aquí. ¿Recuerdas cómo se usa el regulador de tiro de las estufas de leña? —continuó Homer.

—No.

—Cuando hagamos la visita de honor por la casa, te lo enseñaré. Te hará falta para caldear esto por la mañana. Aún puede nevar por aquí arriba, ¿sabes?

La cocina tan solo ocupaba un lado del octógono, a diferencia de los dos de la sala. Había una estufa de propano moderna junto a la estufa de madera, una cocina de tapa corrediza y un fregadero de estaño con una bomba de agua.

—Fuera hay una mejor. Las juntas de esta siempre nos han dado problemas. Bueno, la siguiente habitación es una combinación de leñera y zaguán trasero; desde ahí se accede a la auténtica leñera. También hay un jardín y una letrina. ¿A que Lucy ha dejado todo muy limpio? La siguiente habitación sería el dormitorio principal..., la cama está algo hundida. Lucy ha dejado preparada la leña para el fuego. Lo encenderé, luego saldremos y te enseñaré lo de fuera. Sal por la puerta principal y rodea la casa. De noche, la escalera de atrás es peligrosa.

Ahora ya había oscurecido, el aire era frío y húmedo. Lou se estremeció mientras seguía a Homer por el lado meridional de la casa, donde él le mostró la bomba de agua exterior de mango largo y la letrina, un cobertizo más de la serie que poblaba el jardín trasero. Tenía dos orificios y ella advirtió, divertida, que las tapas eran antiguos reflectores de farolas, esmaltados y moldeados como los bordes de una empanada.

Hizo ademán de volver a la casa porque fuera estaba oscuro, tenía frío y se sentía cansada, pero Homer se la quedó mirando, incómodo, balanceándose sobre los pies. Lou se preguntó si iba a tocarla o a criticarla. Quería entrar e instalarse. Había sido un día muy largo y tenía mucho en qué pensar. Estaba impaciente.

—¿Alguien te ha hablado... del oso? —preguntó Homer.

3

Al parecer, siempre había habido un oso allí. Ese lord Byron que tanto le gustaba al primer coronel había tenido un oso. Jocelyn Cary tenía un oso. Y allí seguía habiendo un oso. La tía de Joe King, Lucy Leroy, de cien años, aunque quién lo diría, había cuidado del animal tras la muerte de Cary. Ahora Lucy se había ido. El oso estaba ahí detrás, seguramente dormía. Pero ella tenía que saber lo del oso.

—Los osos no me entusiasman. La verdad es que no me gustan las mascotas. Tal vez un perro que sepa cazar..., y alguna vez habré cuidado de un bicho herido, pero los Cary tenían esa manía de los osos y, cuando Cary murió, ¿qué íbamos a hacer? Ahí estaba. Conque sin dar muchas explicaciones a los abogados, nos lo quedamos. Joe y Lucy han cuidado del animal. Tiene su propio establo ahí atrás, en la cabaña de troncos que fue la primera construcción de la isla. Eres de Toronto, te encantará esa antigua cabaña de troncos. Es un oso viejo, pero no tiene mal genio.

»Me desconcertó un poco saber que enviaban a una mujer. Esperaba a un hombre, no sé por qué.

»Está aquí y pertenece a este lugar. No sé de dónde lo sacaron, no hay osos por los alrededores. Y, aunque puede que Lucy lo sepa, se ha ido a casa de su sobrina. No se me ocurría cómo diantres contártelo, pero me caes bien. Le pregunté a Joe antes de que se fuera y me dijo: “Que lo trate como a un perro”. Pero no te confíes demasiado hasta que el oso te conozca, porque es bastante viejo... Nadie recuerda exactamente cuánto, pero viven entre veinticinco y treinta años, conque muy joven no será. Yo vine aquí recién acabada la guerra y no recuerdo a ningún oseño, aunque claro, tampoco he pasado mucho tiempo en la isla. Cary no buscaba compañía, excepto cuando no le quedaba otra porque tenía que hacer algún pedido a la tienda, muy de vez en cuando.

»Joe ha dejado en el cobertizo cincuenta kilos de comida para perro. Cualquier otra cosa que encuentres allí ha salido del dinero que el instituto nos envió cuando nos dijeron que vendrías.

»La verdad es que yo no sé qué haría si alguien me endilgase un oso. Lo único que puedo decir es que Lucy asegura que es un buen oso... Sé que a algunas personas no les gustan los indios y que no aguantan la bebida, pero por aquí respetamos a Lucy y, si ella dice que es un buen oso, pues me atrevo a pedirte que le des agua y comida mientras estés aquí y luego ya decidiremos qué hacer.

En cuanto terminó su atropellado discurso, Homer miró los árboles oscuros que había detrás de la casa iluminada, meneó la cabeza, posó una mano en el brazo de Lou y la guio mientras subían los escalones del porche. Ya en la puerta principal le dijo que al día siguiente intentase navegar sola hasta el puerto. Si a las cuatro no había aparecido, él cruzaría para ver qué pasaba. El truco era virar a la izquierda cuando la desembocadura se abría al canal principal.

Luego llamó a su hijo y se largó.

4

Lou entró y se sentó aturdida a la mesa de la cocina. Oyó el ruido de la motora alejándose; después, nada. Abrió dos puertas para ver crepitar el fuego del dormitorio. Así que este era su reino: una casa octogonal, una sala llena de libros y un oso.

No lograba asimilarlo. Estaba perpleja. Tenía que haber una palabra para aquel maravilloso hallazgo: alegría, golpe de suerte, cualquier cosa que llegaba de casualidad... ¡Ah, sí, buena fortuna! Sin abandonar su trabajo, que le encantaba, la habían depositado en una gran mansión de la provincia, a principios de verano y en una de las mejores zonas de vacaciones. Estaba algo aislada, pero siempre había disfrutado de la soledad. Y la idea del oso resultaba maravillosamente isabelina y exótica.

Encendió la lámpara de gas de la cocina sin excesivos problemas: acercó una cerilla, abrió la llave y oyó que prendía con una suave crepitación. Alumbrada por el cálido resplandor, puso a hervir el agua que había sacado con un cucharón del cubo de granito que había junto al fregadero. El agua estaba fría y olía a azufre. Ahora también hacía frío dentro de la casa.

Se preparó una taza de té que llevó al dormitorio en penumbra, donde se sentó en un largo sofá curvo a contemplar el fuego. Nunca sabría qué absurdo azar la había llevado hasta allí. Seré feliz, murmuró para sí.

Uno de sus tíos del campo, para decir que había tenido buena suerte, utilizaba la expresión: «He metido los pies en una tina de mantequilla».

Lou tenía los pies fríos. Se quitó las botas y calentó los calcetines en el fuego. Al inclinarse, notó el cansancio que la invadía: la alegría era agotadora. Buscó el saco de dormir entre el equipaje y lo extendió sobre el sofá. Detrás, la inmensa cama del coronel parecía formidable y también muy húmeda. Ordenó la cocina, apagó la luz, se desabrochó el sujetador y se metió vestida en el saco. Se durmió escuchando el crepitar del fuego.

Despertó temprano. Tenía frío. Mucho frío. Se bajó el jersey, subió el saco de dormir y se revolvió hasta encontrar una postura cómoda. Entretanto,

olfateó el aire puro y frío, y recordó dónde estaba. La casa olía a humo de leña y a hierba nueva.

Se levantó a las siete y se calzó las botas antes de salir a inspeccionar su reino.

Era majestuoso. Cien metros de ribera se habían transformado en amplios prados que empezaban a reverdecer. Una hilera uniforme de magníficos arces en flor bordeaba la orilla. Más allá corría la plata del río, que serpenteaba en los bajíos y desaparecía de nuevo entre los raquíuticos abedules y la maleza. No se veía ninguna otra casa.

Permaneció muy quieta en la orilla, consciente de que cada movimiento, hasta el roce de sus manos en los bolsillos, producía un sonido foráneo. Saboreó la novedad que la rodeaba, las varas amarillas de los sauces jóvenes en la linde del bosque, la escorada caseta de las barcas, los verdes retoños de los árboles, y luego se volvió hacia la increíble casa.

La blanca mole poliédrica resplandecía bajo el sol temprano. El porche de techo negro colgaba como un delantal de la planta baja y las ventanas de la primera eran amplias y resplandecientes. En el tejado, dos chimeneas y un lucernario se alzaban como la copa de un sombrero. Lou apenas podía creerse aquella perfección.

Entonces se acordó del oso. No había sido un sueño. Ese hombre, ese Homer, le había dicho que detrás de la casa había un oso. Al principio le había resultado una idea maravillosamente extravagante, pero al parecer allí había un oso de verdad. Que ahora ya sería un oso hambriento. Debía ir a echar un vistazo. De nada servía aplazar el momento.

Se preguntó si el oso sería buena compañía.

5

No le entusiasmaban los animales. Había tenido un cachorro y sintió mucho que lo atropellaran, pero no lo había echado en falta. En cierta ocasión visitó una granja donde le habían molestado los gatitos, pero los terneros le gustaron. Y ahí acababa su historia. Un punto de partida cuestionable para un oso.

Bueno, pensó, quizá será mejor que empiece por los libros, que vaya de lo conocido a lo desconocido... Pero también tenía que ir a la letrina, que estaba en la misma dirección que el establo del oso. Se armó de valor. Si no conseguía mirarlo a la cara, al menos podría examinar la técnica de construcción de la cabaña.

Desde la fachada la casa parecía una única construcción solitaria, pero detrás le habían crecido, como hongos, varias construcciones anexas: una leñera hecha con tablones y una desvencijada cabaña de troncos, que se comunicaba con la leñera mediante algo que parecía un granero y que quizá fuese el tejadillo de un gallinero en ruinas. Una valla rodeaba todo el conjunto.

Lou se aproximó al cercado por el lado sur. El oso debía de estar en la vieja cabaña. Había un poste junto a la puerta del que colgaba una cadena que desaparecía dentro, en la oscuridad. El suelo estaba enfangado, pero en el fango no se veían huellas recientes. ¿Qué se le dice a un oso?, se preguntó, apoyada en la cerca.

—Hola —susurró a la penumbra. Ninguna respuesta. Estará dormido, pensó. A lo mejor sigue hibernando.

En una ocasión se topó con un alce, la única vez en su vida que le habían flaqueado las piernas. De ahí que creyese que el oso la asustaría, pero allí estaba ella, esperando tranquilamente ante su puerta. Estaba segura de que había un oso dentro y de que ese oso era benévolo. Se preguntó cómo podía ser tan tonta...

Volvió a entrar en la casa, cerrando la mosquitera de un portazo. Le quedaba mucho por hacer antes de poder dedicarse a lo que quería —empezar

con los libros—, porque si no deshacía el equipaje viviría en un caos. Primero organizó sus objetos personales en el dormitorio; luego guardó las conservas sin orden ni concierto en los armarios de la cocina. Le llevó su tiempo decidir qué hacer con los alimentos que requerían refrigeración, como la mantequilla o el beicon. Encontró una antigua tostadora oxidada y la puso encima del fogón. Limpió una sartén negra de hierro, donde colocó las lonchas de beicon. Tenía hambre.

La luz matinal era veteada, pajiza, verde, una presencia móvil en las ventanas. La cocina nadaba en una especie de penumbra submarina. Una vez listo el desayuno, se lo llevó fuera, a la escalera de la leñera, para desayunar con luz. Acababa de sentarse cuando descubrió al oso mirándola desde la puerta de su cabaña.

Oso. Allí. Mirando.

Ella también lo miró.

En algún momento de nuestras vidas todos tenemos que decidir si somos o no somos platónicos, pensó. Soy una mujer, estoy sentada en una escalera, como tostadas con beicon. Eso es un oso. No es un oso de peluche, no es el osito Pooh, no es el koala del logotipo de una aerolínea. Es un oso de verdad.

Medio oso, en realidad, y no una mitad muy grande. Como se asomaba indeciso al umbral, Lou no tenía ni idea de su tamaño. Un bulto polvoriento de pelo negruzco en la puerta. Tenía un largo hocico marrón rematado en una nariz negra, seca y curtida. Sus ojos eran pequeños y tristes.

Se observaron, calibrándose, mientras Lou comía. Los ojos no resultaron menos pequeños cuando el oso la miró de frente: su mirada no era directa, estaba difuminada por los ángulos del cráneo. Con ese hocico largo y marrón y los ojillos vueltos hacia ella no parecía amenazador, sino solo cansado y triste. El único signo de animación que pudo vislumbrar fue un leve temblor de las narinas cuando oyó el roce del tenedor en el plato esmaltado.

Tienes prejuicios sobre los osos, pensó. Para ti, o son juguetes o son una especie de ogro feroz que vive en el bosque y te persigue para devorarte. Pero este oso no es más que un bulto.

Entonces, como lo único que conocía de los animales era su hambre voraz y —creía ella— parasitaria, fue a la leñera y llenó un cuenco con la comida seca que encontró en un saco cercano. Se lo llevó al oso con ciertas reservas. El animal pareció animarse un poco y rápidamente curvó una pata, se acercó el cuenco y metió las fauces en él.

Luego la miró un instante, como pidiéndole permiso. No, pensó Lou. Lo que quiere es que me vaya.

Lo observó tragar ruidosamente a distancia. Cuando terminó, el oso la miró mientras se lamía la nariz con una lengua larga y fina, como de oso hormiguero. Luego se relamió el morro y la lengua pareció más corta y gruesa. Finalmente, con aparente gran esfuerzo, se levantó y se acercó.

Lou contuvo la respiración y se quedó muy, muy quieta, prohibiendo a sus piernas que le temblaran por segunda vez en la vida.

Allí estaba el oso a plena luz, sobre las cuatro patas, moviendo la cabeza arriba, abajo y a los lados para poder hacerse una imagen completa de ella. El hocico era más puntiagudo de lo que había imaginado —una visión deformada por años de osos de peluche, supuso—, y los ojos, decididamente porcinos y feos. Lou cruzó el jardín y llenó un cubo de agua.

Le dejó el cubo cerca, más cerca de lo que hubiera creído que se atrevería, pero el oso parecía tan pasivo que no conseguía asustarla. En la puerta del establo le había parecido más pequeño. Ahora vio que era lo que Homer llamaría «una buena pieza»: largo y tan alto que le llegaba a la cadera. Un oso adulto, de pescuezo jorobado.

Cuando el animal se volvió para beber, Lou percibió un fuerte olor a mierda y a almizcle. Era un macho, sin duda, y tenía los cuartos traseros apelmazados y sucios. Después de beber con avidez, el oso volvió a acurrucarse junto a la puerta del establo. Parecía estúpido y exhausto. Lou se agachó fuera de su alcance y lo observó. El hocico recordaba al de un perro, pero más ancho. El morro era estrecho, los ojos estaban muy juntos. No era un animal atractivo. Se le pasó por la cabeza que podría devolverle cierto lustre si lo sacaba a pasear.

—Oso —susurró—, ¿quién y qué eres?

El oso no respondió, pero se volvió para mirarla con una expresión de infinito cansancio y cerró los ojos. Lou se quedó sentada un buen rato, fumando, tomando café, contemplándolo. Una vez había llevado a sus sobrinos a ver una película mala sobre osos. Nada más.

Ese oso en concreto era una criatura poco agraciada, decidió. No tenía nada de amenazador. No era un animal salvaje, sino una mujer madura, frustrada hasta la estupidez, que de tanto esperar el regreso de su marido ya había dejado de existir y era solo espera. Puedo manejarlo, decidió, y entró en la casa.

Fregó los platos, reorganizó los armarios de la cocina para adaptarlos a su zurdera y exclamó para sí, mirando aquellos platos, cómo era posible que en semejante mansión no hubiese porcelana con motivos orientales, como sería de esperar. Después, sabiendo que si se demoraba más tiempo era por el puro

placer de aplazarlo, recorrió lentamente el contorno de la casa, de la sala al vestíbulo, y se detuvo al pie de la escalera.

En esta región, una casa como aquella era un absurdo, pensó. Demasiado intrincada, demasiado difícil de caldear, por mucho que su diseñador frenólogo la hubiera considerado buena para el cerebro. Construir semejante edificio en el Norte, entre cabañas de troncos y robustas granjas cuadradas, era ostentación colonial. Se estremeció al imaginar aquella escalera abierta en el inhóspito invierno. Cuando vendió esos planos, Fowler había recomendado una construcción de estuco casero que resultó ser tan duradero como una tira matamoscas. Era ese tipo de norteamericano ante el que todos nos previenen.

Mientras su mentalidad práctica se quejaba de las idioteces de los forasteros, subió al piso de arriba en busca de luz natural. Se detuvo en seco en lo alto de la escalera, bañada en un intenso resplandor.

Las dos chimeneas acotaban la escalera. Encima brillaba un enorme lucernario acristalado. Aparte de eso, la primera planta era un espacio abierto. Cuatro de las paredes estaban formadas por ventanales que ascendían de unas consolas adosadas; las otras cuatro estaban cubiertas de librerías acristaladas. Había grandes sofás delante de las chimeneas y mesas bajas cubiertas de infolios. Una compleja lámpara de queroseno colgaba sobre la consola que daba al río. Las ventanas estaban protegidas por unas persianas enrolladas de lona, de aspecto náutico.

Desde el ventanal de la fachada, el río tenía otra dimensión. Contempló su perezoso discurrir hasta el canal.

Se quedó tranquilamente allí. Tocó el telescopio de latón y cuero que había en el alféizar y quitó el polvo, con los dedos, de los globos terráqueo y celeste que lo flanqueaban. Si todos los libros eran malos Bunyan editados en Boston, de momento no quería saberlo. Fue a la mesa más próxima a la chimenea septentrional y abrió un libro con grabados de ruinas. Piranesi. Contempló largo rato las columnas derruidas. Luego se dirigió a la ventana de atrás y retiró una mosca muerta de la consola vacía. El oso la miraba desde abajo.

Merodeó por la habitación despacio, con reverencia. Era un mar de luz dorada y verde.

Se preguntó por dónde empezar y decidió echar primero un perezoso vistazo a los estantes para averiguar la temática y el orden de los libros. Se encontró con una mente despierta y quizá típica de principios del siglo XIX: enciclopedias, historia británica y griega, Voltaire, Rousseau, geología y geografía, especulación geofísica, los filósofos más prácticos, colecciones y

más colecciones de obras completas de novelistas. Se preguntó si existiría otra biblioteca más perfecta de aquel período. Dejó de preocuparle que el trabajo no le durase todo el verano.

Fue a la planta baja y subió el papel, la máquina de escribir y las fichas. Se sentó de inmediato y mecanografió una carta al director para contarle que todo iba bien. Un vistazo a su reloj le descubrió que ya era hora de ir a la tienda de Homer.

6

Mientras trataba de encontrar el movimiento del codo que arrancaba el motor, Homer rodeó el cabo y se acercó en su barca. Lou lo observó a la luz del día. Tenía una cara astuta, gafas redondas con montura de plástico rosa, una dentadura muy, muy postiza y venitas rotas en las mejillas. Llevaba una gorra de obrero de dril verde y un chaquetón a cuadros rojos. Le caía bien.

Homer volvió a enseñarle el truco para arrancar el motor y luego Lou lo siguió canal abajo. Él le gritó que el río estaba bajo ese año, le dijo cómo se llamaban todos los islotes y le preguntó si sabía la diferencia entre un islote y una isla. Tenía que haber un árbol para que fuese una isla. Eso era importante en el norte.

Una primavera, en aquella isla de ahí encontraron a la señora Bird casi muerta entre sus once hijos. Su marido había cruzado el hielo en enero en busca de provisiones y probablemente se habría quedado atrapado. Ella y los pequeños sobrevivieron al invierno comiendo nabos. Los niños estaban bien, pero la mujer pasó tanto tiempo en el hospital que los de servicios sociales se hicieron cargo de todos sus hijos. Solo uno había vuelto para verla, aunque la madre vivió hasta los noventa y cuatro años. La gente sigue perdiéndose, dijo él, los inviernos en que el hielo está quebradizo.

La tienda de alimentación de Homer dejaba mucho que desear para un paladar sofisticado, pero contaba con lo básico. Lou se alegró de haberse criado con sopa Campbell y sándwiches de mortadela y manteca de cacahuete. Homer vendía patatas viejas, zanahorias deformes y repollos mustios, aunque también buen queso local y una mantequilla clara y cremosa. Se disculpó por las hortalizas:

—Tengo que traerlas de Toronto y no se conservan bien. Tendrás que comer nabos y repollos, como todos nosotros.

Lou se regaló un cuarto de sirope de arce y quedó con Homer en que él le recogería el correo en el pueblo más cercano.

La atendió él mismo. No entró nadie más. Lou oyó portazos y voces al fondo del local, pero no vio señales de la esposa de Homer ni de su familia.

—¿Cómo está el oso? —preguntó él.

—Oh, bien, supongo —respondió Lou, sin saber qué más decir—. Parece muy triste, atado como está.

—No olvides que, por muy humano que parezca, es un bicho salvaje. No te ablandes con él.

—¿Lo llevaban a pasear?

—No sé qué carajo hacían con él..., perdona la expresión.

—No le iría mal nadar.

—Yo no tontearía con el oso. Espero que no lo acabes aprendiendo por las malas. Supongo que cuando está acurrucado en el cobertizo parece pequeño, pero es un animal corpulento que puede arrancarte la cabeza de un porrazo. Pesará por lo menos trescientos kilos...

—¿La señora Leroy nunca lo sacaba?

Homer sonrió.

—¡Oh, era muy gracioso! La he visto con el oso. Sacaba al jardín una de esas sillas de respaldo recto de la cocina y se sentaba a hablarle durante horas. Puede que en francés, puede que en cree, yo no entendía lo que le decía. Es una excelente tejedora, la señora Leroy, y cuando hacía buen tiempo se sentaba ahí a hablar y a tejer un kilómetro de labor por minuto. ¡Esos dos eran todo un espectáculo!

De nuevo una expresión furtiva en sus ojos. Homer había pensado algo, pero no quería decirlo.

—No será agresivo, ¿verdad? —preguntó ella.

—¿Ese oso? ¡Caray, no! Es que... Bueno, no es más que un viejo oso, pero lleva tantos años atado a esa cadena que no hay modo de saber qué pasaría si lo soltaras. Podría matarte, podría quedarse ahí sentado o podría cruzar el jardín y echar una meada. Pero la señora Leroy no tendría muy buena opinión de ti si lo dejaras escapar, ni tampoco los granjeros que viven río arriba.

Lou prometió que no lo soltaría y regresó sola en barca por el sosegado río. El agua estaba oscura pero también transparente y metálica, demasiado fría para sumergir la mano y dejarla flotar en la corriente. Navegó entre islotes, islas y juncales hasta su embarcadero y llevó las provisiones hasta la aislada casa.

Esa noche subió a la biblioteca con un trapo y limpió los tinteros de cristal, los portaplumas y los globos amarillentos. Forcejeó con el telescopio hasta conseguir ver los confines del río desierto en la tenue luz. Luego encendió la lámpara de queroseno, introdujo un rollo de etiquetas en la

máquina de escribir e inició la imperiosa tarea de imponer un orden numérico a una estructura interna concebida personalmente por una mente que los números le ayudarían a descubrir.

Al principio trabajó de prisa, casi con desesperación. Intuía que le aguardaba una alegría desconocida y también que se le podía escapar sin más. Debía ser virtuosa y eficaz. Era como el aroma que perfumaba la mañana y el anochecer, esquivo y misterioso. Todos queremos ser Robinson Crusoe, y quedarse en Robinson a medias resulta casi insoportable. Para que la experiencia no se escabulla debo empezar de inmediato, pensó.

Al cabo de una hora temblaba. Bajó, se puso un jersey y agua a hervir. De camino a la letrina vio que la seguían los ojos verde noche del oso. Cuando se encaminaba de nuevo a la casa, el oso se levantó y gruñó. Lou se detuvo y esperó a que la vista se adaptase a la oscuridad para distinguir aquella forma oscura. Él se acercó despacio, la cabeza más baja que el pescuezo, mirándola con timidez. Cuando la cadena no le permitió avanzar más, se sentó sobre las ancas y gruñó como un cerdo.

Lou avanzó con cuidado por los tablones ásperos y oscuros de la leñera, entró y le sacó los restos de su cena. El oso se los comió enseguida y a continuación le dirigió lo que parecía una mirada suplicante. Guardando las distancias, Lou alargó una tiesa mano. Él se la lamió con una lengua larga, rugosa y curva, pero cuando ella intentó tocarle la cabeza, el oso la apartó y retrocedió.

De nuevo arriba, Lou se dispuso a navegar por la biblioteca en penumbra. Giró con mimo las cuadradas llaves de latón, sacó con delicadeza un volumen de aquí, otro de allá. La colección era excelente aunque no excesivamente erudita; los descendientes de Cary la habían ampliado para que cubriese el siglo XIX en tres idiomas. Hume. Smollett. Hume y Smollett. Byron, cómo no, y los demás románticos. Sheridan, Dickens, Thackeray. Eliot. Nada de Trollope. La señora Gaskell. Bulwer-Lytton. Ah, Darwin..., pero no una primera edición. Jane Austen, por supuesto. Maupassant. Lamartine. Goethe, Schiller, mucho más en alemán, aunque ella no leía alemán.

La señora Hemans («Permaneció el muchacho en la cubierta en llamas...») y Eliza Cook («La quiero, la quiero, y quién se atreverá a reprenderme por querer esa vieja butaca»), un orgullo para las mujeres. *Los pensamientos nocturnos* de Young. ¡Oh, todo!

Lou había acabado ejerciendo su profesión porque le encantaba leer. Cayó en la cuenta, mientras curioseaba por las grandes estanterías, de lo poco que leía ahora. Trabajaba sobre todo con papeles indescifrables y mapas

sobrescritos. En lo que a libros concernía, solo se ocupaba de su exterior. Aquí tendría tiempo para leer.

Encontró un volumen caído de la *Penny Cyclopaedia* editada por la Sociedad para la Promoción del Conocimiento Práctico bajo la dirección de lord Brougham. Al recogerlo, un papel salió volando y cayó a sus pies.

Según el sistema de Linneo —le dijo una caligrafía diminuta, deliciosamente redondeada, marrón—, Ursus se encuentra entre Mustela y Didelphis. El orden incluye Arctos, los auténticos osos; Meles, los tejones; Lotor, el mapache; y Luscus, el glotón. Pie: plantígrado; molares: tuberculados; tamaño: grande. Carnívoro. Frugívoro. Cola por lo general corta. Cerebro y sistema nervioso muy desarrollados. Garras para escarbar, no retráctiles. Sentidos agudos. Huesos cilíndricos más parecidos a los humanos que los de otros cuadrúpedos, sobre todo el fémur. Por consiguiente, capaces de erguirse y bailar. La lengua presenta un surco longitudinal.

Riñones lobulados como en racimos de uva; ausencia de vesícula seminal. Hueso en el pene. En la hembra, la vagina presenta estrías longitudinales. El clítoris se aloja en una cavidad profunda.

De la leña de cedro saltaban chispas. Lou cotejó la caligrafía con las muestras de sus archivos. Era, sin duda, la letra de Cary. Cuando la lámpara empezó a fallar, se acostó y soñó con lo que había leído en el dorso del papel: los habitantes de la elevada península de Kamchatka la miraban a través de ventanas y máscaras de nieve confeccionadas con tripas de oso. Oyó el silbido de la hierba cortada por el omóplato afilado de un oso.

En la ciudad, la mañana solo puede soportarse. Ya no hay amanecer, ni tampoco verdadera oscuridad. Lo único que queda, después de llover o de que hayan regado la calle, es el chirrido de las llantas en el asfalto mojado. Aquí, en cambio, Lou volvió a despertarse temblando y alzó la nariz como un animal. La luz del dormitorio era de un blanco extraordinario. Se levantó de la señorial cama del coronel y fue hasta la ventana. El mundo estaba cubierto de una tardía nieve primaveral.

Era esa nieve blanda y espesa que entusiasma a menos que se esté conduciendo o agonizando; copos acumulados que ahora ya caían, como orugas, de las verdes ramas. Volvió a olfatear. La nieve tiene su propio aroma frío. Se calzó las botas y salió a orinar sobre la tierra nevada, preguntándose cuánto tiempo había pasado desde la última vez que tiñó la nieve de amarillo. No había señales del oso. Se habría metido en su establo para volver a hibernar.

Se quedó fuera, escuchando. Los pajaritos piaban. El río borbotaba entre los juncos y las piedras. Las ramas crujían y se rozaban. Las patas de las aves hacían crepitar las hojas secas. Quizá también el oso resoplaba y roncaba en su casa.

Lou entró, molesta por perturbar aquel silencio precioso y afelpado. Puso agua a hervir, arañando nerviosamente el cazo con el cucharón. Se vistió, consciente del chasquido de sus ropas. Se calzó los zapatos y oyó el roce de los cordones al atárselos. El cuchillo de la mantequilla rascó la tostada. Removió el café con una tintineante cuchara. No todo el mundo, pensó, está hecho para convivir con el silencio.

El oso salió de su cabaña en cuanto la oyó golpear el cuenco. Se lo acercó con la pata con la misma expresión acobardada. Lou extendió la mano. Él posó brevemente el hocico en su palma, luego se volvió para comer. Bien. Empezaban a hacerse amigos.

Después ella subió a la biblioteca para documentar y clasificar bajo la deslumbrante luz. El testamento del coronel especificaba que los libros no

debían salir de la casa. Lou y el director se habían planteado fundar un instituto de verano si la propiedad era adecuada, pero ahora le parecía que todo el material del coronel era importado. El uso del edificio con fines académicos solo se justificaba si guardaba relación con la historia local. Nadie iba al norte de Ontario para estudiar el Londres de 1825.

¿O sí?, se preguntó, maliciosa.

La nieve siguió cayendo de las ramas e invadiendo su línea de visión mientras ella trabajaba. Al mediodía había desaparecido por completo. Lou se calzó las botas y salió a explorar.

Lo evidente de las islas, que suele olvidarse en cuanto se desembarca en ellas, es que son criaturas acuáticas. Esta era pequeña. El jardín de Cary estaba rodeado de un bosque casi impenetrable. No había playa y la vegetación llegaba hasta la orilla. Sin embargo, al sur de la casa había un sendero que llevaba hasta el extremo meridional de la isla. Allí, en uno de los magníficos arcos del coronel, alguien había construido una especie de atalaya. Lou subió por la escalerilla de madera y, protegiéndose los ojos con la mano como un marino de caricatura, oteó, más allá de la desembocadura, los confines del mar interior.

Encontró un claro en la maleza y penetró solemne en el bosque como si invadiese una iglesia ajena. En el suelo esponjoso, todavía salpicado de blanco por la nieve matinal, se arrastraban y bullían larvas de insectos. Lou avanzó, repitiéndose que en una isla no podía perderse, hasta llegar a una elevación del terreno. Subió la accidentada pendiente y de pronto se encontró junto a una laguna diminuta. De sus negras profundidades ascendían perezosamente burbujas de metano, o quizá el aliento de un castor. Alzó la vista y, en la copa de un árbol muerto, vio un par de azores que la miraban con expresión malévola. Regresó a la casa moviendo los brazos para ejercitarse. Deseó que hiciese más calor para poder nadar.

Subió a trabajar. Por mucho frío que tuviera, ella era una persona responsable. Se sentó ante el escritorio y empezó a documentar lo que había que documentar. Luego, quizá porque se preguntó cómo reaccionaría ante la nieve, le dio por pensar en el oso.

Le intrigaba su tamaño, o más bien su capacidad para cambiar la impresión que daba de su tamaño. Cuando me miró ayer tenía pinta de abrigo de pieles, y hoy, en cambio, parecía una especie de mapache, pensó. Fue a la ventana para ver qué aspecto tendría ahora y oyó un sonido muy extraño: un cántico, o un lamento. Sin embargo, desde su aguilera no veía nada.

Bajó y salió por la puerta de atrás. Una mujer vieja, viejísima, estaba sentada en los escalones de la leñera. Susurraba y cantaba al oso.

Era una anciana india. Se parecía a la mujer que, cuando Lou era niña, vendía en la calle ramilletes de bayas a diez céntimos el manojito, una vieja bruja india desdentada vestida con muchos jerséis y zapatillas de deporte. Lou siempre le compraba y su madre decía que era tirar el dinero, además de una forma de mendigar.

La anciana canturreaba al oso, que estaba echado con medio cuerpo dentro y medio fuera de su cabaña, mirándola con suma atención. El oso guiñó el ojo una vez.

Lucy Leroy se volvió casi al momento.

—Hola.

Le ofreció una mano apergaminada, sonriendo con las encías desdentadas. Estaba reseca. Lou imaginó su cuerpo bajo las viejas ropas prendidas con alfileres, imaginó las arrugas y el desgaste, los pechos viejos y flacos. Yo seré así, pensó.

Pero los ojos de la mujer estaban vivos como ostras.

—Nueva señora —dijo—. Nueva señora. Buen oso. Buen oso.

—No he oído su lancha.

La anciana sonrió de un modo desconcertante, sin soltarle la mano.

—Buen oso. Buena señora. Cuida del oso.

—Creo que no sé cómo cuidar de él —repuso Lou con modestia urbana.

Lucy arrugó sus vivaces ojos.

—Buen oso. Oso es tu amigo. Yo antes fui joven. Nací en Swift Current. Me casé, vine aquí. Ahora vivo en Neebish. Es un buen oso. Tengo cien años. Sé leer. Fui a escuela de la misión.

—¿Y el oso?

La cara de Lucy se arrugó con una alegría inconcebible. No parecía tener cien años, parecía eterna.

—Caga con el oso —dijo—. Entonces le gustas. Por la mañana, tú cagas, él caga. Oso vive por el olfato. Le gustarás.

Lou contuvo un estremecimiento y oyó una lancha motora. Lucy se levantó. Apenas le llegaba al pecho. Estaba vieja y encorvada.

—Ese es Joe. Me voy.

Un chasquido, un crujido y se marchó. El oso no se movió, ni tampoco Lou. No le había dado tiempo. Lucy ya no estaba, se había esfumado; cien años, sonriente, desdentada y adiós. Una lancha aceleró y se alejó.

Lou se agachó, observando al oso. Pensó en la letrina con sus dos tapas esmaltadas. Pensó en esos retretes europeos consistentes en dos huellas para colocar los pies y un agujero. Miró al oso y se echó a reír. Le pareció que él también reía.

8

Cuando Lou salió a la mañana siguiente el sol calentaba de verdad, como si quisiera compensar la aberración de la nieve tardía. Se desperezó y el calor acarició su piel a través del pijama. Tras pensarlo un instante, se acercó de puntillas a la cabaña del oso, se agachó junto a la pared y defecó un poco, con cierta dificultad. El oso, echado con el cuerpo dentro y la cabeza al sol, se limitó a mover las narinas.

—Vamos —dijo Lou en cuanto concluyó el humillante acto—. Vamos.

Desató la cadena del poste y dio un tirón. Al principio, él no respondió; luego se levantó, vacilante. Cuando ella tiró más fuerte, el oso empezó a seguirla. Esperando que no echara a correr y la arrastrara con resultados fatales, Lou lo llevó hasta el agua.

El oso se mostraba inquieto y pasivo. En ningún momento tensó la cadena. Lou se quitó las botas, se arremangó los bajos del pijama y lo condujo con cuidado dentro del agua. Él se sentó y se restregó los apelmazados cuartos traseros contra las rocas. Después gimió quedamente antes de bajar la cabeza para beber. Hecho. La miró como si esperase una señal. ¿Qué debía hacer? Lou vio que tenía los pies azules y salió del agua detrás del oso, a la hierba nueva y cálida. Él tiró de la cadena y siguió avanzando, pero cambió de parecer y volvió a su lado.

Esa primera rebelión insignificante fue un regreso a la vida que la entusiasmó. Aflojó la cadena, sin soltarla. El oso volvió a entrar en las aguas poco profundas moviendo la breve cola y al estremecerse creó remolinos a su alrededor. Se adentró más en el río y golpeó el agua con las patas. Por un momento, Lou temió que se alejara, pero no: en cuanto la cadena se tensó al límite retrocedió, relajado, y se sentó dándole la espalda, olfateando el aire. Impulsivamente ella cogió agua con las manos y salpicó al oso, que se sacudió y tembló. Lou casi gritó de satisfacción.

Después, cuando ya subían por la ribera, él volvió a sacudirse el agua y la dejó empapada. Lou rio, soltó la cadena y corrieron hacia la casa. Al llegar

allí, se sentó y se puso a cepillar al oso con un viejo cepillo que había encontrado en la leñera. Menuda madre estoy hecha, pensó.

Por la tarde, una nueva hoja de papel cayó de otro libro:

TABLA DE LONGEVIDAD

<i>Ornitorrinco</i>	10 años
<i>Chimpancé</i>	40 años
<i>Castor</i>	19 años
<i>Marta</i>	15 años
<i>Lobo</i>	16,5 años
<i>Ursus Arctos</i>	34 años
<i>Leo</i>	30 años
<i>Elephas</i>	69 años

Observó la nota por detrás y por delante, varias veces. Conque al coronel le gustaba escribir notitas sobre osos. Por Dios, ¡ojalá ese cabrón egoísta también hubiese escrito notitas sobre otros asuntos! El instituto no necesitaba una bonita mansión ni una recopilación de curiosidades zoológicas, sino bibliografía que documentase la colonización de la zona. No había material de consulta sobre aquel distrito entre la visita de los jesuitas y la nueva inspección de 1878, y aquí estaba Cary, enviándole notitas sobre... osos. Lou tuvo la tentación de coger cada uno de los libros y zarandearlo hasta que se le cayese el lomo. Pero lo que hizo fue archivar y fechar esmeradamente la nota, y también escribir en el sobre el título del libro del que se había caído. Quizá, cuando fuera muy vieja, volvería para descifrar un acróstico místico con los títulos y las fechas de esos libros, convencida de haber descubierto el elixir de la vida.

—Cary, viejo pícaro... —se descubrió diciéndole al retrato que había encima de la chimenea. Desde detrás del polvoriento cristal (el rojo de la guerrera ahora de un rosa desvaído, las mejillas sonrosadas, el puente de la nariz corroído por los rayos del sol y los ojos negros todavía resplandecientes), el esbelto y elegante coronel le devolvió la mirada.

Al volverse hacia la ventana, le pareció que los ojos del coronel la seguían y, por un momento, ella se convirtió en Cary avanzando audazmente hacia el nuevo mundo, *Atala* bajo un brazo, *Oroonoko* y los manuales de Lancelot Brown bajo el otro. Consultó apresuradamente las notas de su descendiente: «El coronel John William Cary recibió una educación tanto clásica como militar en el Royal Military College, Great Marlow. No abandonó la

costumbre de estudiar durante sus viajes, por lo que su erudición le permitió conversar con Byron en Malta. Destinado en la actual Italia, pagó mucho dinero para importar libros desde Inglaterra. Era de los que se gastan una fortuna en libros. A su esposa le contrariaba esa pasión».

De eso no me cabe duda, pensó Lou.

Ursus Arctos, ours, orso, Bar, bjorn: vive en los distritos montañosos de los Alpes, los Pirineos y el círculo ártico. También: Siberia, la península de Kamchatka y Norteamérica. Los lapones lo veneran y lo llaman el Perro de Dios.

Lou miró por la ventana de atrás.

—Saludo a mis súbditos —dijo. Y siguió con su trabajo.

Llegó un fin de semana largo. El estuario se llenó de repente de lanchas motoras, de las otras islitas subían volutas de humo. Se sentía invadida, aunque nadie se detuvo en su embarcadero. Una tarde, sentada en una hamaca del jardín, fingió no ver a los pescadores que la saludaban. Aquella noche contempló los fuegos artificiales sobre el agua y pensó que olían a merengue tostado. Se imaginó a Cary desplegando una desvaída bandera del Reino Unido en el aniversario de la reina. Aunque debió de considerar a Victoria un avance respecto a la reina Carolina, seguro que desaprobó la mojigatería que ya entonces llegaba hasta aquellas tierras remotas.

Estableció una rutina. Trabajaba durante toda la mañana, y por la tarde desaparecía en el bosque para andar sobre alfombras de trilios y diminutas azucenas amarillas, hepáticas y cornejos enanos. En los tilos habían crecido hojas inmensas. Muchas veces, protegida con pañuelo y guantes de las moscas negras, se demoraba en la charca del castor. Los azores la observaban con ojos impenetrables desde su olmo sin corteza.

Si hacía calor, se llevaba al oso al río. Él no mostraba el menor entusiasmo canino cuando iba a buscarlo, solo la seguía dócilmente al notar que Lou tiraba de su cadena. Luego, una vez en el agua, se sentaba como un plácido bebé miope que disfruta del regreso a la existencia líquida.

Homer le traía el correo un día a la semana, y un día a la semana Lou iba a comprar a la tienda de Homer, a veces en el ahora largo atardecer. Cuando su barca cruzaba el canal, la garza y el avetoro alzaban el vuelo de entre los juncos. Una vez fue en coche a un pueblo cercano para comprar *whisky* y carne fresca. El Gobierno había abierto una tienda de licores en una caravana naranja y blanca.

Trabajaba por la mañana y por la noche, no tan eficazmente como en la oficina, porque, por una vez, quería tomárselo con calma.

Un atardecer sacó la cena a los peldaños de la leñera para comer con luz (la oscuridad de la cocina indicaba que quienquiera de los Cary que hubiese construido la casa no había consultado a su mujer). El oso se echó tan cerca de ella como le permitía la cadena. Lou lo desató y él fue a sentarse junto a su rodilla. Extendió una mano y le frotó el pescuezo; la piel del lomo estaba suelta y el pelaje espeso —muy espeso, espesísimo— empezaba a resplandecer gracias a los baños. El oso la observó con interés, meciendo la cabeza de lado a lado, como si no pudiera verla con ambos ojos a la vez.

Después, Lou volvió arriba. Estaba profundamente enfrascada en la clasificación de una serie de manuales victorianos de historia natural cuando oyó un ruido extraño en la planta baja: se puso tensa, se quedó muy quieta, contuvo el aliento. Una puerta se abrió, chirriando.

Al principio, indefensa, sintió pánico. Luego, sin saber por qué, se relajó un poco. Una especie de roce acompañaba los pesados pasos que avanzaban: el sonido de unas zarpas en el linóleo de la cocina.

Oyó cómo saciaba su sed en el cubo de agua. Lou se acercó a la escalera. Lo vio abajo, en la oscuridad, mirándola.

—Vuelve a la cama —le dijo.

Las gruesas patas empezaron a subir la escalera. Lou retrocedió al escritorio y se sentó encima, encorvándose hacia la ventana.

Dentro de la casa el oso parecía muy grande. Cuando llegó arriba se irguió cuan alto era, con las patas delanteras colgando, en esa postura que hace que se compare al oso con el hombre. Es un cruce entre un rey y una marmota, pensó Lou mientras él movía la miope cabeza en todas direcciones. Luego el oso alzó una zarpa, a modo de saludo o bendición, y volvió a bajar a cuatro patas. Se dirigió despacio a la chimenea más alejada y se echó ante el fuego.

Conoce el camino, pensó Lou.

Se le acercó con cautela. El oso se revolvía como un perro, buscando una postura cómoda.

—Pero ¡qué cara tienes! —le dijo.

Ahora la habitación parecía más oscura. Lou encendió otra lámpara. El oso alzó la vista cuando oyó el siseo del gas, y después apoyó la cabeza en las patas delanteras y se quedó dormido.

Descubrió que si le daba la espalda al oso no podía escribir a máquina: se equivocaba continuamente. Así que se sirvió una copa, cogió un libro y se

sentó en el sofá a su lado, recordando la advertencia de Homer: «A fin de cuentas, es un animal salvaje».

El libro elegido era la vida de George «Beau» Brummell. Quizá la mejor forma de acceder a Cary fuese a través de sus contemporáneos, aunque no sabía qué era más difícil: si imaginarse al dandi Brummell en este paraje remoto o que él hubiese imaginado que acabaría sucio y demente entre las monjas de Calais.

El libro reunía todos los defectos de la biografía posvictoriana: pomposo y especulativo, mal documentado, sin índice. En cierto modo el mundo ha mejorado, se dijo Lou, e imaginó un torbellino de eruditos revoloteando de dato en dato, esclareciendo y verificando la vida del dandi que inventó la corbata y cuyo orgullo fue tan obsesivo que hasta llegó a insultar al rey. Puede que Cary lo conociera, pensó. Estaba en Londres cuando terminó la guerra, a lo mejor solía cenar en White's con algún oficial amigo. ¿Habría desdeñado al hombre que se negó a servir a su país en Manchester, o se habría reído, frotándose los guantes? Quizá Cary le echó un vistazo y decidió emigrar en el acto.

El fuego resplandecía. El oso dormía resollando; de vez en cuando guiñaba el ojo más próximo a las llamas. Lou fue entrando en calor, se quitó los zapatos y se descubrió frotando los pies descalzos en el pelaje suave y espeso del oso, explorándolo con los dedos, descubriendo más y más profundidades, capas y más capas.

«Beau» Brummell dominaba a las duquesas. «Beau» Brummell *trepaba* en sociedad. ¡Cuánto lo desaprobaba, cuánto lo admiraba Lou! La seguridad en su propia perfección nunca se quebró. Jamás cedió ante circunstancias ni hechos. Fue una suerte que Brummell nunca se casara, pensó: la domesticidad le habría parecido sórdida. El corneta Brummell que no quiso ir a Manchester (no porque se negase a sofocar una revuelta popular por motivos liberales, sino porque los caballeros no iban a Manchester), que despreciaba la realidad, que inventó la corbata y puso de moda eso de lavarse... ¡Vaya!

Alzó la vista hacia el retrato de Cary, la bajó para mirar al oso y de pronto se sintió exquisitamente feliz. El mundo cambiaba. Dos hombres uniformados de escarlata, dos hombres que habían vivido bien, ninguno rico o de familia pudiente y ambos, sin duda, arruinados al final de sus días. Lou sentía que los había vencido, se sentía su heredera: una mujer que se frotaba los pies en el espeso pelaje negro de un oso era más de lo que ellos habrían llegado a imaginar. Más, incluso, que una victoria militar: esplendor.

Bobadas. Demasiado *whisky*. Se levantó y apagó la lámpara auxiliar. Era hora de acostarse. Cary y Brummell no necesitaban ni su compasión ni sus victorias. Cary no se había arruinado: esta mansión era suya. Bobadas. ¡Qué tonta era!

—Vamos —dijo bruscamente al oso. Puso la pantalla delante de la chimenea y apagó la lámpara de queroseno. El oso se levantó bostezando, avanzó con paso pesado delante de ella y bajó la escalera moviendo torpemente los cuartos traseros. Salió por la puerta de atrás sin volver la cabeza. Lou cerró y bombeó agua limpia en el cubo. Se acostó.

9

A la mañana siguiente se sentó a devorar su desayuno al sol tiritando, porque el tiempo había empeorado. El oso la miraba echado, como siempre, desde el umbral de su establo. ¿Qué pensará?, se preguntó Lou.

De niña había leído muchos libros de animales. Había crecido con los alegres maullidos de Beatrix Potter, A. A. Milne y Thornton W. Burgess, después pasó a Jack London, Thompson Seton (¿o era Seton Thompson, el de las huellas de animales en los márgenes?), Búho Gris y el maldito *sir* Charles Roberts que tanto le gustaba a su abuela. A aquella generación les habían obsesionado la vida salvaje y los pasos furtivos, así como los animales vestidos con uniformes antropomórficos de tiranos, héroes, víctimas, niños buenos y chismosas amas de casa. Hubo una época en que parecía imposible que el mundo de los padres y las bibliotecarias lo habitasen criaturas que no fueran animales o duendes. El recurso fácil, quizá, desde que Freud descubrió la sexualidad infantil.

Sin embargo, no le parecía que los escritores ni quienes compraban esos libros conocieran a los animales. Ella tampoco los conocía en absoluto. Eran criaturas. No eran humanos. Suponía que sus funciones se definían por el tamaño, la forma y la complejidad de su cerebro. Suponía también que poseían tenues, vacilantes e inarticuladas vidas psíquicas.

El oso tomaba el débil sol con la cabeza apoyada sobre las patas. Nada en él indicaba si sufría o no, si le gustaban los pijamas de topos o a rayas o si algún día escribiría un libro sobre humanos vestidos de pensamientos osomórficos. Un oso es más una isla que un hombre, pensó. Para un ser humano.

Anoche: el espantoso roce de sus zarpas en el linóleo, cómo cambió de estatura en lo alto de la escalera... Ella se había encogido de miedo, encogido literalmente, hasta meterse en el vano de la ventana. De haber permanecido de pie, las rodillas le habrían vuelto a flaquear. Era más bajo que ella, poco más de metro y medio, pero inmensamente denso, de tórax profundo y

extremidades largas. Sus patas delanteras, extendidas, medían el doble del contorno de un hombre.

Tenía zarpas no retráctiles. Lou miró al oso con respeto y un poso de miedo.

¿Qué le cuenta al oso la vieja Lucy Leroy?

¿Por qué el oso conoce el camino a la planta de arriba?

No, vuelta al principio: ¿cómo y qué piensa?

El ruido del tenedor en el plato pareció despertarlo de su ensueño. Se levantó despacio y se le acercó moviendo la cabeza como una serpiente, de esa forma que parecía tan natural en él. Lou cayó en que seguía suelto y se puso en pie, nerviosa, pensando: «No quiero que huela mi miedo». Avanzó un paso y le acarició la cabeza. Él le lamió la mano una vez antes de regresar a su cabaña. Lou volvió a atarle la cadena al collar sin problemas.

Piense lo que piense, se porta muy bien, decidió. Y fue arriba a trabajar.

Encontró en el sofá el libro de «Beau» Brummell de la noche anterior. Parecía una locura querer arrastrar al dandi a la historia de este lugar, lejos del té con la duquesa de turno tan aficionada a los perros, lejos de los clubes y los banquetes donde triunfó gracias a su desmedido descaro. Sin embargo, esa bonita pendiente de césped, el despliegue de magníficos árboles a lo largo del río y las vistas estratégicamente planificadas del lucernario eran el producto de su época y lugar, pues, tanto como Blake y Wordsworth, Cary y Brummell habían deseado una vida mejor. El chiquillo egoísta que intentaba llamar la atención del soberano en Eton y el rubicundo joven oficial que soñaba con mapas en la letrina de Malta estaban tan infectados de romanticismo como los poetas a los que habrían desdeñado por pertenecer a las clases bajas. Y había que ver dónde les habían llevado sus aventuras.

Se regaló una dura mañana de trabajo. Al mediodía los cielos se abrieron. Llovió como si nunca hubiese llovido antes. Llovió a cántaros, llovieron gruesas cortinas de agua gris. Rugieron los truenos, centellearon los relámpagos. El cielo se volvió gris oscuro. El amplio río se alisó y arrugó para recibir las gotas de lluvia. Empezó a levantarse la bruma. Lou pudo oír cómo el césped se convertía en barrizal.

El patio era un mar de lodo. Miró la guarida del oso por la ventana de atrás y atisbó sus ojos brillando en la oscuridad. No puedo dejarle entrar esta noche, pensó.

La lluvia repiqueteaba contra el techo y caía torrencialmente por los aleros. No recordaba haber visto nunca llover así, salvo en Inglaterra. Se

preguntó si habría un pararrayos en el tejado. Era un milagro que no tuviese goteras.

La lluvia le dio ganas de orinar. Fue a la planta baja y, en la mesita de noche, como esperaba, encontró un orinal con tapa y rosas pintadas. Lo usó, agradecida. Resistió después el impulso de meterse en el saco de dormir y taparse hasta las orejas. El oso, pensó con cariño, está en su saco, tapado hasta las orejas. No tiene pretensiones de clase media, ninguna apariencia que guardar, ni siquiera ante sí mismo. Fue a la cocina a prepararse una olla de sopa.

La lluvia cesó de repente un poco más tarde. Salió el sol y resplandeció entre los árboles, transformando sus vistas desde la biblioteca en un asombroso túnel de vegetación. Lou se puso las botas y bajó al río. La lancha estaba medio hundida. Achicaría el agua después. Ahora quería escuchar el mundo fluvial que se sacudía la lluvia de las alas.

El avetoro soltó un bramido sobrecogedor. Una bandada de golondrinas recién llegadas se escoró repentinamente en el cielo. Saltó un pez. A sus pies, las huevas de rana brillaban al sol.

10

A la mañana siguiente hacía calor. Se llevó al oso al río, enganchó la cadena a un clavo del embarcadero y se zambulló desnuda con él. El oso parecía inmenso: bajo el agua su pelaje se ahuecaba y después se le pegaba al cuerpo como el de una foca. Lou nadó como un perrito a su lado, lanzando pequeñas olas en su dirección. El oso respondió golpeando la superficie del agua con la pata.

El agua estaba helada. Se disponía a regresar a la orilla cuando el oso jugó a zambullirse debajo de ella y luego, volviéndose de improviso, intentó saltarle encima. Lou se hundió bajo el agua y abrió la boca para gritar. Se atragantó e intentó subir a la superficie, pero el oso se lo impedía. Por un momento creyó que se ahogaba, pero luego encontró aire y coraje suficientes para recorrer los pocos metros que la separaban de la orilla, donde se desplomó en la ribera húmeda, jadeando agitadamente.

Entonces le cayó encima la tremenda ducha del animal que se sacudía a su lado. A continuación el oso empezó a lamerle la espalda mojada con su lengua larga y estriada. Fue una sensación curiosa.

Mucho después subió a la biblioteca a trabajar, pues nada justificaba que siguiese inactiva, recreándose en el susto. Pero estaba alterada, y la sensación de haberse librado de milagro se agravaba porque le recordaba a aquella vez que, en un arrebato de solitaria desesperación, había ligado con un tipo en la calle. Todavía evitaba el recuerdo de quien resultó no ser un buen hombre. Seguro que el oso... No: era el miedo. Era el miedo lo que vinculaba los dos episodios: el miedo y la huida.

Libro, libro. Cuando te pasen estas cosas, coge siempre un libro. Un papel salió flotando:

En Gales el oso se usaba como presa de caza. El nombre Pennarth significa cabeza de oso.

Nota: cuando su Señoría estaba en casa, solía y acostumbraba a entregar anualmente la cantidad de xx s. al guardián del oso que venía en Navidad con

las bestias de su Señoría para que le sirvieran de pasatiempo los susodichos días.

—Libro del gobierno de la casa del conde de Northumberland.

Los esquimales creen que el alma de un oso polar herido permanece tres días en los alrededores del lugar donde abandona el cuerpo. Existen numerosos tabús y ceremonias propiciatorias relacionados con el despiece del cadáver y el consumo de la carne.

Para los lapones, el oso es el rey de los animales. Los cazadores que lo matan deben vivir tres días solos, de lo contrario se los considera impuros.

—¡Pero él no intentaba cazarme, solo jugaba conmigo! —gritó. La idea del oso acosado, desollado, perseguido, la atormentaba—. ¡Oh, Dios, líbralo de todo mal! —se oyó decir. Llevaba años sin rezar.

11

Homer llegó al día siguiente con su hijo Sim, un motocultor y semillas. Lou había olvidado por completo que le había dicho que la ayudaría a plantar un huerto.

Al norte de la casa, un pequeño sendero se internaba en el bosque hasta un claro lleno de setas y hiedra venenosa.

—Mira esos frambuesos de ahí, esos arbustos ya se pueden podar. No hay nada como las frambuesas de por aquí, dicen que las trajo el coronel Cary. Más al sur no se encuentran frambuesas como estas. Algo curioso de las frambuesas: les gusta la ceniza. Sim te los podará. Por cómo estás ahí plantada veo que la jardinería no es lo tuyo... Y para mediados de verano darán unas frambuesas riquísimas. Y fíjate también en que por aquí, en verano, hay montones de espárragos silvestres. Son unas cosillas delgadas, también los llaman trigueros. Siempre que encuentro un puñado de espárragos me quito el sombrero y doy las gracias al viejo coronel Cary, porque sé que los trajo él. ¿Te gustan las setas? —Se quedó mirándola con ojos resplandecientes, con esa curiosa mirada de vendedor.

—Sí, claro.

—Hay colmenillas en el bosque. Colmenillas de mayo. ¿Has estado ahí detrás, en el bosque?

—En la otra dirección, en la charca del castor.

—Ah, allí todo es pantano, pero aquí arriba el coronel tenía un manzanar, ¿sabes? Bueno, Sim y yo desbrozaremos y labraremos esta parte, y tú solo tienes que ir por ahí a buscar colmenillas. Son feísimas, pero están muy buenas. Supongo que son las culpables de que nunca me haya entusiasmado la margarina... Hay tantas cosas que están ricas con un poco de mantequilla o grasa de beicon pero no funcionan con margarina... Ahora limpiaremos esto y después tú lo rastrillas y, si eres lista y no vas de señoritinga, cogerás un poco de estiércol del establo del oso para abonar la tierra... ¡Ah, te he visto! Sé que te lo llevas y lo atas en el otro extremo del patio, creo que vas a hacerte muy amiga de ese oso... Sería mejor el estiércol de gallina, pero a falta de pan,

buenas son tortas. Luego, a finales de semana, ya puedes sembrar. Los conejos se llevarán una parte, pero podrás conseguir alubias y algunos repollos y guisantes. Hay cañas en el cobertizo.

»No creo que te quedes lo suficiente para que salgan los nabos y las patatas, que es de lo que vivían los viejos por aquí...

El resto de lo que dijo lo ahogaron Sim y el motocultor, una máquina más ruidosa que cien lanchas motoras. Lou corrió bosque adentro y descubrió unos viejos manzanos negros y retorcidos, así como cientos de esos extraños falos deformes que son las colmenillas. Se le ocurrió guisarlas para Homer y el silencioso y casi albino Sim, pero de pronto el estruendo cesó, padre e hijo se despidieron con un gesto de la mano y desaparecieron traqueteando en el atardecer.

Lou se preparó y se comió las colmenillas, que le gustaron —sabían como teóricamente sabe la trufa en los libros, pero nunca en la vida real—, y subió a la biblioteca para pasar la noche leyendo, bebiendo *whisky* y chupando una piruleta que Homer le había metido de regalo en la bolsa de comestibles y semillas. Se acostó pasada la medianoche, sin haber sacado nada en claro de la lectura de un libro que pretendía conciliar el Génesis con *El origen de las especies*.

12

Los días largos y cálidos le demostraron el significado del término «buena fortuna». Sembró el huerto con sumo cuidado y luego, sin pensarlo dos veces, se llevó al oso al prado de colmenillas, donde el animal hozó, escarbó y olfateó sumido en una especie de éxtasis, alzando de vez en cuando los débiles ojos para mirarla y volver de inmediato al trabajo, como si le faltara tiempo. Después Lou se lo llevó al río, donde él se sentó en la orilla como una mujer de anchas caderas y se frotó el trasero en las piedras.

—Te quiero, oso —le dijo.

Esa noche, los pasos pesados del oso en la escalera no la inquietaron. Que venga. Había cogido un libro y estaba anotando su ficha. Acababa de sacudirlo con delicadeza: cayó una fina hoja de papel. Se agachaba para recogerla cuando oyó al oso en la escalera. Sus miradas se cruzaron de un lado a otro de la chimenea.

—Ve a sentarte —dijo Lou. Y eso hizo el oso.

La hermandad de santa Úrsula estaba formada por 11 000 o 71 000 vírgenes. Véase: nota de Selder sobre el octavo cántico del Polyolbion de Drayton. En 1604 Mme. de Ste. Beuve fundó las Ursulinas de París para socorrer a los pobres y educar a las jóvenes. Úrsula y sus hijas pueblan el cielo.

En el dorso de la hoja había una fórmula para elaborar tinta.

El oso se sentó junto al fuego. Lou alzó la cabeza, cerró los ojos y pensó en las otras hojas de papel que habían caído revoloteando de los libros. Pensó en Homer diciendo que allí siempre habían tenido un oso. Pensó en la madre de Byron, que buscó dinero en vano para mantener la abadía de Newstead y alimentar al oso. Miró al oso. Estaba ahí sentado, sólido como un sofá, doméstico, una alfombra de oso. Se arrodilló a su lado. Olía mejor que antes de que empezaran con los baños, pero su esencia seguía ahí, un aroma almizclado como la nota dulce y aguda de la flauta de un pastor.

Su pelaje era tan espeso que se le perdía media mano dentro. Le masajeó los encorvados hombros. Sentarse a su lado le daba una extraña paz. Como si el oso, al igual que los libros, conociese generaciones de secretos, pero no sintiera la menor necesidad de revelarlos.

Metódicamente, porque la pasión no es compatible con la bibliografía, acabó de catalogar el libro en que trabajaba. Marcó la ficha con una pequeña señal personal para indicar que el libro contenía un recorte sobre osos, empezó una nueva ficha y anotó en qué página y en qué libro había encontrado el papel. Y, curiosamente, también la fecha y la hora.

Pasó el resto de la noche escribiendo fichas parecidas para las otras hojas de papel, aunque no pudo determinar la fecha y la hora precisas en que las había encontrado. Mientras lo hacía se preguntó por qué lo estaba haciendo, si tal vez pretendía construirse una especie de *I Ching* personal. Imposible: ella desconfiaba de los procesos no racionales, ella era bibliógrafa, declaró. Simplemente quería que la documentación fuese rigurosa.

Se acostó al amanecer, pero antes dio de desayunar al oso mientras lo encadenaba en el jardín. En cuanto llegó a la hierba, el oso se agachó y soltó un zurullo inmenso que humeó en el frío matinal. Lou observó su cara mientras defecaba, casi divertida por estar buscando una señal de emoción que no encontró. Ella no tenía nada que aportar.

Durmió hasta bien entrada la tarde, y por la noche, mientras trabajaba sola arriba, sin su amigo, encontró un papel que decía:

Según la leyenda rutena, un oso cuyos excrementos son de oro salva de la ignominia a Waldo, un príncipe perdido.

Lo anotó en otra ficha.

A la mañana siguiente, adaptada de nuevo al horario normal, despertó de buen humor. Se quedó un rato acostada, disfrutando de la luz, antes de salir a catar el sol. Hacía calor, la isla estaba infestada de mosquitos y moscas negras. Se batió en retirada espantando las moscas a manotazos y se vistió.

Mientras desayunaba fuera, por lealtad hacia el oso, intentó recordar cuánto duraba la temporada de las moscas negras. Llegó a la conclusión de que nunca lo había sabido. Hasta mediados de julio, quizá. Estaba sopesando si debía considerar aquellas moscas como un buen síntoma de la vitalidad del Norte, una señal de que la naturaleza nunca se rendiría, de que por muy depredador que fuese el hombre había cosas que escapaban a su control, cuando un bicho no mayor que una mosquita le arrancó un trozo de pantorrilla

de un mordisco, a través de los pantalones. La pierna le empezó a sangrar profusamente. Entró.

Volvió a salir, embadurnada de loción antimosquitos, para no decepcionar al oso (Lou había descubierto que podía pintarle la cara que quisiera, ya que su verdadera gama de expresiones era un misterio) y lo llevó a la zona menos profunda del canal, donde el agua estaba templada. Allí, mientras él nadaba tan lejos como le permitía la cadena, resoplando, siempre sorprendido, cuando llegaba al final de su libertad, Lou se quedó sentada con las piernas sumergidas en el agua y tapada con un jersey con capucha, ahuyentando a los bichos. El oso se aposentó en las brillantes piedras y comenzó a dar manotazos y zarpazos, pues los enjambres de mosquitos le invadían los ojos y el hocico.

—¡Ay, oso, somos una pareja preciosísima!
Él se volvió y, sí, seguro que sonrió.

Lou peleó entre la nube de insectos para sacar adelante el huerto. El tiempo era húmedo y eso convenía al cultivo, pero le molestaba tener que calzar botas de cuero mientras rastillaba los surcos y se arrodillaba para arrancar malas hierbas en el barro. Trabajaba con una estopilla anudada a la cabeza y se sentía como si fuera la esposa de un funcionario colonial en la India, soportando penalidades. La fina tela se hinchaba y le hacía cosquillas al respirar. ¡Eh, que soy de ciudad!, quiso gritar. Cuando se acostó estaba cubierta de picaduras y ampollas, aunque llena de un nuevo respeto por los granjeros y los pioneros.

A medianoche oyó de nuevo sus pasos: el ruido sordo de las patas y los suaves zarpazos en el suelo de la cocina. Se quedó muy quieta, sin atreverse a respirar, pensando en las picaduras abiertas de su nuca y recordando que no le había dado de comer. Se subió el saco de dormir hasta el cuello y esperó, tensa y asustada. El oso entró con paso pesado en el dormitorio y se agachó a su lado, olfateando y husmeando, con los ojos rojizos en la oscuridad.

—¿Qué quieres? —susurró Lou, paralizada por el miedo.

Se sentó, la olió y se quedó mirándola largo rato. Luego, entre resoplidos y resuellos, salió al patio.

La tradición irlandesa, leyó después (a salvo dentro de casa y con el oso encadenado fuera, las ventanas cerradas para protegerse de los insectos, aislada), cuenta con un dios oso. En Berna, Suiza, mantenían osos en un foso como homenaje al pasado heroico de la ciudad. Muchos buenos cristianos también honran allí a esos magníficos animales en el solsticio de verano,

cuando los osos copulan a la vista de toda la población. Se rumorea que hasta los devotos los veneran por la antigua creencia de que ellos, y no Adán y Eva, fueron nuestros primeros antepasados.

Había encontrado el papel doblado en un ejemplar de *El testimonio de las rocas* de Hugh Miller, regalo de un tal A. N. Williamson al coronel Cary, isla de Cary, 1859.

13

Estaban ya en plena temporada de pesca y se había acostumbrado a oír pasar las lanchas, pero de repente un motor se detuvo y eso la sorprendió. Se asomó a la ventana y vio que Homer estaba amarrando su pez plateado. Corrió abajo, contenta de tener compañía humana.

—Hola, Homer.

—Ya he visto que esta mañana te has llevado al oso al río.

—Se pone triste si se pasa el día ahí sentado. Y yo quería darme un baño para escapar de las moscas.

—Bien, pero recuerda que es un bicho salvaje. —Un reproche resplandeció en sus gafas.

Me pregunto qué diría si supiera lo que pasó la última vez, pensó Lou. Esa misma mañana había dejado entrar al oso en casa para superar sus miedos.

—¿Los Cary se lo llevaban al río?

—Nunca me contaron nada del oso. He traído cerveza. Llevas aquí un mes entero y supongo que eso hay que celebrarlo. Lo estás haciendo muy bien, ¿sabes?

A Lou le divirtió pensar que había aprobado una especie de examen sin saberlo. Se preguntó qué habría tenido que hacer para suspender.

—Una cerveza me vendrá muy bien, Homer.

—Tengo que arreglar esa vieja nevera de queroseno que hay en el cobertizo, pero es una cabrona. ¿Cómo te va, por lo demás?

Entraron en la cocina. Homer decapitó dos cervezas con su navaja. Lou le dijo que le encantaba estar allí.

—Mucha gente no entiende cómo soportas esto.

—¿Y tú qué piensas, Homer?

—Bueno —dijo Homer, inclinando la cabeza y la cerveza—, yo creo que es el mejor trabajo que te ha salido en la vida, si esto es lo que te gusta.

Eso la complació. Homer estaba orgulloso de su terruño, y que él la aceptase hacía que no se sintiera como una turista de quien la gente podía

burlarse. También quitó hierro a las advertencias de Homer sobre el oso. Por fin se sentía cómoda en presencia de aquel hombre.

Homer inclinó la silla hacia la pared de la cocina y empezó a hablar del último coronel Cary, el que había dejado la isla al instituto... ¡y que resultó ser una mujer!

—La cosa fue así: el testamento decía que la propiedad iría pasando al hijo de la siguiente generación que fuese coronel. Y en la primera generación uno de los chicos lo consiguió, porque en esa época los rangos del ejército podían comprarse, el viejo tenía algo de dinero ahorrado y, por entonces, había un montón de guerras. Supongo que no lo hizo del todo mal, pero lo que no consiguió fue casarse joven. El día de su boda ya era cincuentón y su esposa tampoco era una jovencita cuando vinieron aquí. De manera que cuando su primer hijo resultó ser una niña, se fueron corriendo a ver al párroco de Fisher's Falls y le pusieron de nombre de pila Coronel.

»Hace cuatro años, cuando ella murió y donó esto a vuestro instituto, se armó la gorda, pero era una mujer estupenda, de armas tomar, y además no estaba nada mal. La mandaron a estudiar a Montreal y después ejerció como maestra durante una temporada en algunos colegios de chicas. Cuando su madre murió, volvió aquí para cuidar de su padre. Él vivió hasta la década de 1930. Por aquí vivimos muchos años, no veas lo sano que es esto... Creo que el segundo coronel tenía casi cien años cuando murió. Luego ella volvió a trabajar de maestra hasta que le llegó la hora de jubilarse.

»Tenía muchos parientes, pero casi ninguno vivía por aquí. La mujer del viejo coronel nunca quiso subir tan al norte: Toronto era lo más lejos de Inglaterra que había querido llegar. Pero vinieron dos de sus chicos, y uno de ellos montó finalmente un negocio de explotación forestal cerca de Sault Ste. Marie. Una de sus hijas, Sarah Snowdrop, cuidó de la casa una temporada, pero creo que era la que estaba peor, le daban una especie de ataques. Así que el primer coronel vivió casi todo el tiempo solo ahí atrás, en la cabaña de troncos. Una vez reunió una cuadrilla de hombres y construyó un aserradero al otro lado del río, pero el río no es tan grande como parece y tenían que cerrar la presa tres días para que el molino funcionase dos.

»Finalmente, la esposa de Toronto murió y él fue a Fisher's Falls a cortejar a una de las Lazare. "Tengo una isla, una casa para mí solo y una pianola, y Sara Snowdrop lo cuida todo de pena", dijo él. "¿Y llamas casa a ese sitio donde vives? Yo lo llamo choza. Hazme una casa en esa isla perdida tuya y te tomaré en serio, aunque seas protestante", dijo ella.

»Margaret Morris, casada con el capataz del aserradero de Fisher's Falls, lo tiene todo por escrito, porque Emily Lazare era su abuela.

»Pero bueno, fue para Katie Lazare para quien construyó la casa. Se dice que tardó cinco años en levantarla. Todo, menos la madera, tuvieron que subirlo en barco, lago arriba. Pero Katie murió poco antes de que la terminaran. Fiebre, neumonía..., a saber.

»Y entonces el coronel empezó a cortejar a Emily, cuenta Margaret. Esa Emily era una mujer increíble. Muy morena, se rumoreaba que tenía sangre india, pero los franceses son morenos, y también hay muchas escocesas e irlandesas de ojos negros. Emily podía tomar las medidas de un hombre a simple vista y cortarle una camisa de franela azul (y en aquella época era franela auténtica, no esa especie de pijama de ahora): las hacía cruzadas y con dos hileras de botones, como un uniforme, nunca le sobraba ni un pequeño retal y quedaban como un guante. No sabía tejer, pero las indias tejían para ella; tampoco sabía leer ni escribir, pero sabía todo lo demás. Era una de esas mujeres que hacen que esta zona del país salga adelante. Sabía cocinar, cortar leña y mantener a sus hijos vivos y sanos. Se casó con uno de los Cadotte y tuvo trece criaturas. Ni de coña iba a casarse con un inglés que encima ya estaba viejo.

»Dicen que después de eso el coronel se volvió un poco loco, aquí solo con los libros. Tenía un oso y hablaba con él. Mejoró un poco cuando su hijo y su nuera vinieron a instalarse aquí. Seguían siendo tiempos difíciles, pero la civilización empezaba a asomar la nariz. La mujer del segundo coronel organizó este sitio algo mejor y se trajo sus muebles de Inglaterra. Todas esas mesas elegantes eran suyas. Cuando el viejo murió en el crudo invierno del 78, esta parte del Norte ya se había civilizado. No era una tierra salvaje.

»Sus hijos venían a visitarlo, eso sí. Eran gente con dinero y educación. En esa familia sabían criarlos, y acabaron saliendo un montón de médicos y abogados. Después, en vida de Coronel Jocelyn, muchos subían hasta aquí en verano y correteaban con sus motoras de acá para allá.

»Se pusieron como locos cuando ella se lo dejó todo al instituto. Se llevaba bien con sus primos de Cleveland, pero ellos ya tenían las espaldas más que cubiertas. Supongo que acertó al legar esto como monumento histórico, maldita sea. ¿Quién, aparte del coronel Cary, hubiese derrochado una fortuna construyendo un caserón así? La maldita isla no es más que un trozo de arena. Aquí ni se puede cultivar en condiciones. Tampoco se pueden construir casitas de veraneo: hacen falta fosas sépticas y agua corriente, por el tema de la contaminación. Ahora los veraneantes quieren retretes con cisterna

y lavadoras. Tu cagadero, con perdón, es de lo más ecológico, como se dice ahora.

—¿Coronel Cary era una mujer alta?

—Ni alta ni baja. Un poco más alta que tú, no mucho. Andaba al estilo inglés, como si montara a caballo. Fue la primera mujer que llevó pantalones por aquí. Habría sido un escándalo, si a alguien le hubiese importado... Hubo quien decía que era una pedante y hubo algunos familiares con los que no se llevaba bien. Cuando venían a visitarla, ella les daba muchas cosas: porcelana, plata... Decía que esas exquisiteces no le servían de nada, que lo único que quería era su isla.

»Una mujer de primera, sí. Antes de que tuviéramos quitanieves, si en invierno quería algo, venía a nuestra tienda empujando su pequeño trineo. Y nunca temí que pudiese hundirse en el hielo.

»Después de instalarse aquí, vivió casi siempre sola. De cuando en cuando yo iba a comprobar si estaba bien, aunque aborrezco andar sobre el hielo. A algunos no les importa, pero a mí me da bastante miedo. No me fío del hielo. Sé de demasiados que se han hundido en él.

»Los Leroy y los King se portaban muy bien con ella. Cary era amiga de la familia, Lucy y ella eran uña y carne. La gente te dirá que Lucy es mestiza, pero si hubo algún blanco entre sus antepasados, eso fue mucho tiempo atrás. Supongo que ella y Joe son indios casi puros, lo que quiere decir que nunca se sabe dónde están.

»Bueno, a Jocelyn Cary también le gustaba tomarse alguna que otra cerveza de vez en cuando. Nos sentábamos en el embarcadero en cuanto se iban las moscas y entre los dos nos ventilábamos media docena. Era una jardinera impresionante y pescaba muy bien. Tenía manos grandes, como un hombre, mucho más grandes que las mías, y no perdía el tiempo poniéndose cremas. La casa siempre estaba impecable y toda la plata que no había regalado brillaba a más no poder. Se horneaba su propio pan. Hacía todas las cosas que se espera que haga una mujer y además se mantenía con unas cuantas trampas bien colocadas. Para entonces ya no había mucho dinero en esa familia, aunque viniesen de un linaje de terratenientes ingleses, y lo que quedaba se gastó en esta casa y en la familia de Toronto. Ella no tenía una gran pensión. Supongo que podría haber vendido todos los muebles como antigüedades, pero el negocio de las antigüedades es bastante reciente. No, hasta el final continuó poniéndose las botas de pescador que le llegaban a la cintura y saliendo a pescar en la temporada, además de cazar castores y ratas con sus trampas. Es un trabajo duro y se pasa frío, tienes que ser medio indio

para soportarlo, pero ella lo hacía. Conocía muy bien todos los arroyos y las caletas. Tenía licencia de pesca, desde luego, y no le asustaba trabajar. Pero cuando el misionero anglicano y su esposa la visitaron, sacó la vajilla azul y lo que quedaba de la plata (cuando mi mujer vio el servicio de té, se le pusieron los ojos como platos), se puso un vestido que parecía sacado de una vieja película de Hollywood e hizo que se sintieran como morralla.

»Una vez, un año antes de morir (era una mujer muy, muy vieja), cazó un lince. No le pregunté cómo ni por qué. Supongo que se quedó atrapado en una de sus trampas. Lo único que sé es que me lo mencionó por lo bajo, porque no tenía licencia para eso. Tuvo que curtir y tensar la piel y luego esconderla, no podía enseñársela al tratante normal. Un tipo de Quebec, de cerca del Saguenay, que aparecía de cuando en cuando para llevarse cosas raras, como especies protegidas o animales atropellados involuntariamente (a ver, si atropellas un lince sin querer, ¿qué haces? ¿Confesar? ¿Enterrarlo? Ni en broma), le dio doscientos dólares que creo que a ella le hacían mucha falta.

»Yo vi esa piel. Era una preciosidad. No tenía ni un solo agujero. No sé si el lince murió en la trampa o si ella lo estranguló. Habría sido capaz: esa mujer era una fiera. Había tensado la piel sobre madera de sauce y estaba amarilla y suave como la de un gatito.

—¿El oso era suyo?

—No. No sé quién le dio ese oso, pero no creo que fuera suyo. Bueno, al menos yo nunca lo he creído, ¿eh? Nunca le gustó ese oso. A lo mejor se lo dio Lucy, pero no creo que fuera de Jocelyn Cary, porque ella no le hacía ni caso. Como siempre ha habido un oso ahí fuera, yo también tendré un oso, parecía pensar. Pero siempre me dio pena ese animal, porque Lucy y Joe eran los únicos que le prestaban un poco de atención. Cary solo lo toleraba. Ella a quien quería era al setter irlandés.

»Aunque el otro oso, el que tenía antes, era todo un personaje. La seguía por la casa como un perro. Los cazadores... Ya sabes, hay cazadores y cazadores, no tengo nada contra un hombre que caza por la carne, yo voy todos los años al Norte a cazar alces y la licencia para alces no es barata... ¿Qué te parecería navegar cuarenta kilómetros en esa vieja canoa de cedro con media tonelada de alce muerto? Pero cazar carne de alce no es lo mismo que ser un cazador idiota que aparece con un rifle de mira telescópica creyéndose Ernest Hemingway y dispara al oso de la señora en el corazón, cuando lo único que hacía el pobre animal era tomar el sol en el embarcadero.

Lou sintió que ella misma se desplomaba con un ruido sordo. Luego recordó que Coronel Cary no era *lady* Caroline Lamb, sino una anciana dura y

huesuda que desfilaba con la piel de un lince ilegal atada a una vara de sauce.

—Era una gran dama —balbució.

—No —repuso Homer, rascándose la cabeza—. No era una gran dama. Era un hombre de imitación, pero una imitación de primera.

Era propensa a las crisis de fe. Esa noche, cuando Homer se fue, se sentó en el admirable estudio del coronel Cary, sin duda una de las mejores salas del mundo en términos de adaptación a un propósito, sintiéndose incapaz de leer o ponerse a catalogar. Se preguntó con qué derecho estaba allí y por qué hacía lo que hacía para ganarse la vida. Y quién era.

Normalmente tales dilemas surgían pasadas varias semanas del inicio de un encargo interesante, pero esta vez había aparecido antes, al poco de haber organizado su método de trabajo. Comprendía técnica y hasta emocionalmente la necesidad de redefinir objetivos, pero no lograba entender por qué este período de redefinición debía ir acompañado de depresión, de un grito existencial interno y de una desagradable voz interior que cuestionaba no el proyecto en el que trabajaba, sino a ella en sí. ¿Qué hago aquí?, se preguntaba, y el eco de la voz decía: «¿Quién demonios crees que eres para tener el descaro de instalarte aquí?».

Había bebido cerveza. La cabeza le dolía y le daba vueltas. También se sentía culpable, como si le hubiese confiado a Homer un secreto que no le correspondía revelar. Como si hubiese hecho algo malo y él lo supiera.

Procuró concentrarse en lo externo, en sus fichas, en sus notas. Contempló la biblioteca y comprendió que para que el trabajo le durase todo el verano tendría que mentir. No le quedaba ni una semana de trabajo real. Podía irse pronto, pero no quería irse.

Dado que siempre intentaba ser ordenada y catalogar sus ideas y sentimientos, cuando la asaltaba la espantosa y anárquica voz interior tenía la cabeza bien surtida de argumentos eficaces. Para «¿Qué hago aquí?», por ejemplo, contaba con un listado enorme de respuestas. También tenía otro buen repertorio de respuestas para «¿Quién diantres te crees que eres, para aspirar a vivir?». Se justificaba alegando que ella era útil, que ordenaba fragmentos de vidas ajenas.

Aquí, sin embargo, no había justificación posible. ¿De qué servían todas esas fichas, detalles y clasificaciones? Al principio le habían parecido

hermosos, capaces de crear un orden propio, capaces de, al fin, archivarse y organizarse de modo que ella pudiera encontrar una estructura, descubrir un secreto. Pero ahora la llenaban de culpabilidad, intuía que allí nunca, jamás, hallaría nada tan revelador ni auténtico, ni tampoco tan relevante, como la historia narrada por Homer. Eran una herejía contra la auténtica verdad.

Se podía coger cualquier vida, barajarla como si fuera un mazo de naipes y ordenarla en un solitario piramidal para intentar darle cierto sentido, pensó con amargura; pero nunca podría hacer que una ficha titulada «Campbell, Homer» transmitiese nada de lo que Homer le había transmitido esa noche. Pronto tendría que admitir que lo que hacía allí arriba era limitarse a cumplir, llenar el tiempo hasta que le llegase la hora de morir. Sin duda el coronel Cary era una de las grandes irrelevancias de la historia canadiense, y ella era otra. Ninguno de los dos estaba vinculado a nada.

Se sentía infantil, enfurruñada. Sabía que tenía que hacer algo concreto hasta que se le pasara el mal humor; de nada servía quedarse ahí sentada, dándole vueltas al asunto. Bajó, desató al oso y se lo llevó al agua. Intentó disfrutar de sus magníficas volteretas y zambullidas, pero también él parecía apagado y triste. La parte cálida del canal era poco profunda y para nadar más hondo Lou tuvo que adentrarse en aguas gélidas. Rio brevemente cuando el oso se le acercó flotando, con solo los ojos y el hocico asomando por el agua, como un cocodrilo. Pero algo empañó también esa alegría, y Lou lo llevó de vuelta a la orilla en medio de un lúgubre silencio.

Volvió a subir al piso de arriba y repasó las fichas que ya había redactado. La biblioteca era convencional y la información personal sobre Cary, escasa. Todavía no había avanzado lo suficiente en la investigación para darle sentido, quizá no lo tenía. Se sentía como una novelista francesa que, tras descartar el argumento y los personajes, debe construir una estructura abstracta y está demasiado apegada a la tradición para conseguirlo. Se notaba débil, incapaz de liberarse de lo concreto. En lugar de ideas, destilaba irritación.

Bueno, bueno, pero ese no es el propósito, le dijo una práctica voz interior. Estás aquí simplemente para cumplir las instrucciones del director.

Debajo de sus carpetas yacía sepultada la carta original del director, que le indicaba: a) catalogar la biblioteca de la isla de Cary que Jocelyn Cary había legado al instituto; b) tomar notas independientes sobre la historia y el estado de dicha biblioteca; c) informar exhaustivamente sobre la idoneidad de la isla de Cary como centro de investigación de la geografía humana de la región septentrional y d) enumerar, citando las fuentes, cualquier información

adicional que pudiera ser útil para los historiadores interesados en el período de colonización del coronel Cary.

Leyó las instrucciones dos veces y suspiró, aliviada. Cualquier cosa que hiciese sería relevante. Ahora tenía licencia para existir.

15

A la mañana siguiente, armada de un mapa rudimentario que había trazado ella misma comparando planos topográficos y cartas marinas, salió a explorar llevando al oso de la cadena. Tras soportar sus tirones durante varios minutos, lo soltó. Volvería, de eso no le cabía duda.

Marcó el embarcadero, las construcciones anexas y la atalaya del árbol. Marcó una hilera de piedras que parecían haber formado parte de unos cimientos. Luego se envolvió un pañuelo en la cabeza para protegerse de las moscas negras y se encaminó al sur, siguiendo los pasos del oso. Lo encontró hurgando contento bajo un tronco podrido, llenándose la panza de puñados de tierra y larvas. Lou escuchó unos instantes el sobrecogedor medio silencio del bosque. Las currucas habían vuelto. Un pájaro carpintero picoteaba. A lo lejos se oía una motora.

Los bosques habían perdido la primera inocencia de la primavera. El aro de agua había abierto sus espadas, los trilios se secaban, el sol se filtraba entre el ralo follaje. Silbó al oso y siguió andando por un sendero paralelo al suave batir de la orilla, buscando formaciones rocosas, restos de cabañas podridas, lo que fuese, mientras intentaba imaginar cómo habría sido llegar desde Portland o Bath y encontrarse con aquello.

En términos de naturaleza salvaje, la isla era modesta. Lou había visto zonas de Canadá que dejarían boquiabierto a cualquier explorador, como le sucedió al gran Cortés. Pese a la belleza del río y la probable violencia de los colores otoñales, aquel paisaje era doméstico.

De pronto se abrió paso entre los árboles, se vio en el extremo sur de la isla y pensó: «Dios mío, ¡qué equivocada estaba!».

El río era ancho y turbulento. Islas y faros titilaban al sol. El oso cruzó ruidosamente los helechos y se acercó, saltando y resoplando.

Habían venido por esto, pensó Lou: eran fanáticos del paisaje. Pretendían pintar acuarelas y que Robert Adam hiciese sus salones, Humphry Repton sus fachadas y Capability Brown sus jardines. A falta de eso, se construían cabañas de troncos con ventanas espléndidamente proporcionadas, pero no

donde estaban las vistas, sino allí donde la ciénaga cedía ante el arce y la arena y encontraban cierta protección frente a los elementos. Si esta forma de consuelo prosperaba, reemplazaban las cabañas por altas casas victorianas y enviaban a sus hijos a educarse fuera, para que en veranos posteriores regresaran como caballeros a admirar las vistas.

Los verdaderamente románticos sucumbían de forma espantosa, recordó. Se hundían en el hielo, contraían neumonía o tuberculosis, morían de fiebres extrañas, escorbuto, depresión o abandono. Solo sobrevivían los más fuertes y sus escasos recuerdos. Muchas veces, los diarios legados al instituto se interrumpían cuando los colonos llegaban de Inglaterra. Si tenían que construirse su propia cabaña, hacerse la ropa, el jabón y las velas, los muebles y las herramientas, no había tiempo para agenciarse un frasco de tinta o encontrar una pluma con la que acompañarlo.

Lou descendía de un hombre que emigró del norte de Irlanda con su mujer y diez hijos para reunirse con su hermano en Ontario, que a su vez tenía nueve hijos propios. En Nueva York, mientras se preparaban para la segunda parte del viaje, el hijo mayor salió a explorar y desapareció. Lo buscaron durante cinco días, pero al final tuvieron que marcharse sin él y lloraron durante todo el camino a Canadá. Cuando meses después llegaron a casa del hermano, este preguntó: «Pero ¿dónde está nuestro Andrew?», tras lo cual el páter familias subió a la planta de arriba, se acostó y murió, dejando a su hermano con dos mujeres y dieciocho hijos. La familia había conservado una dureza que rayaba en la locura y un miedo incuestionable a Nueva York.

Cary era lo que se llamaría baja aristocracia, pensó Lou. No era uno de los nuestros. Una esposa demasiado distinguida para seguir a su hombre... Nosotros no éramos así. Nosotros lo habríamos acompañado para asegurarnos de que no empinaba el codo.

Avanzando despacio para no mojarse las botas de piel y seguida del oso, Lou rodeó el magnífico cabo hasta llegar al otro lado de la isla, donde supuestamente estaba la cabaña de Lucy Leroy. A lo lejos tañían las acampanadas boyas y silbaban las lanchas. Lou rodeó toda la isla, pero no vio ni rastro de otra vivienda.

Llegó a casa agotada. Apenas había andado el mes anterior y se le estaban atrofiando las piernas. Entró y se echó para dormir un poco.

Cuando despertó, había oscurecido. Manipuló medio dormida las lámparas, preparó café y fue a darle de comer al oso. En la oscuridad, los ojos del animal resplandecieron, rojos y dorados, mientras se abalanzaba sobre el plato.

Lou se estaba terminando la cena cuando lo oyó rascar en la puerta para que lo dejase entrar, y pensó: «¿Por qué no?». Entonces reparó en que siempre que abría esperaba encontrar a otro. Se preguntó si, como ella, el oso también visualizaba transformaciones, si despertaba todas las mañanas esperando ser un príncipe y decepcionado de seguir siendo un oso. Supuso que no.

Si has dicho que trabajarás, a trabajar. Subió a la biblioteca. Ella siempre cumplía su palabra. En otra vida había trabajado en un periódico rodeada de personas que solo pensaban en dejar su empleo para escribir libros, pero que entretanto correteaban de un plazo de entrega al siguiente porque no tener el artículo a tiempo era su forma de Pecado Original. Ella dejó el periódico no para escribir, sino porque cuando le pidieron que entrevistase a un panadero en su cincuenta aniversario de boda notó su miedo a que Lou revelase que se había casado con la hermana de su difunta esposa. Eso despertó en ella unas ganas perversas —que reprimió— de contar la verdad, y también le recordó nítidamente sus asignaturas de historia victoriana. De pronto su vida en el periódico le pareció efímera y pobre (y es cierto que a los periódicos griegos, como a ciertos lirios, se les llama «efemérides»), y la cambió para buscarse un sitio en el menos parasitario de los empleos relacionados con la narrativa histórica.

Subió a trabajar. El oso tardó en seguirla. Lou estaba ya en su escritorio y no le prestó atención cuando él se puso en pie en lo alto de la escalera. Había encontrado una primera edición autografiada de *Wacousta*, del mayor Richardson, que rezaba: «A John Cary, con aprecio en 1832». Deseó tener a mano catálogos de subastas para cerciorarse de su valor. Entretanto lo fichó y lo sostuvo un buen rato en las manos. Era un ejemplar singular, muy singular, que justificaba su viaje hasta allí.

Había otros libros valiosos, ediciones bostonianas que en realidad eran copias ilegales de ediciones canadienses publicadas sin pagar derechos a los autores ingleses y franceses, pero no encontró nada que, de momento, igualase a *Wacousta*. Es curioso que no lo haya leído, pero no leeré este ejemplar. Conseguiré un libro en Toronto y compararé los textos. Bien, Cary, debías de ser alguien, si conocías a Richardson, pensó.

—Descansa, querido mío, mi galán —dijo, porque el descubrimiento la había puesto de buen humor. Luego cogió el siguiente libro, lo zarandeó por si salían notas y lo abrió. Las memorias de Trelawny sobre Shelley y Byron.

Lo abrió y empezó a leer (porque no era un ejemplar sagrado ni tampoco una rareza; estaba fechado en Londres, 1932). ¿Trelawny? El hombre que

incineró el cuerpo de Shelley y conservó su corazón. Sí, ese Trelawny. El pirata. Un gigante de hombre. Fue a Grecia con Byron tras la muerte de Shelley.

Empezó a leer, extasiada. No había leído ese libro, aunque el tema le interesaba. ¿Por qué? Alguien, algún erudito, le había dicho que no eran más que una sarta de tonterías. Pero casi todas las autobiografías lo son, pensó. La gente recuerda mal las cosas. Aunque ¡qué tonterías tan entretenidas! ¡Qué hombre! Grande. Grosero.

Un gigante. Auténtico descendiente del verdadero Trelawny, el de los veinte mil de Cornualles. ¡Oh, me parece que es un mentiroso!

Mira al oso, ahí sesteando, pensando en sus cosas. Como un perro, como una marmota, como un hombre: grande.

Trelawny está bien. Tiene voz propia. Es un hombre injusto pero TIENE VOZ PROPIA.

Se enderezó y lo repitió en voz alta. El oso gruñó. Lou se arrodilló a su lado. El coronel Cary le había dejado notitas diminutas, dolorosas, míseras. Lou seguía registrando la casa en busca de su voz. Sintió, sobrecogida, que Trelawny y el oso hablaban con la voz de Cary. Trelawny quería encontrar un poeta, conocer a un poeta, porque él no podía serlo, y tenía una idea romántica de los poetas. Vivió muchos años, conoció a Swinburne y a los prerrafaelitas. Allí había un vínculo.

Cary quería una isla.

Estaba eufórica. Quería saber cómo y quién era Cary. Trelawny. El coronel Cary. El oso. Había un vínculo, una intimidad impalpable entre ellos, un lazo entre el anhelo, el deseo y lo alcanzable.

Se echó junto al oso y leyó más Trelawny. Fanfarrón vergonzoso, brutal tanto con Byron como con Mary Shelley. Byron era demasiado sedentario. Shelley no sabía nadar. Él le compró la barca a Shelley. No era de las buenas.

Leyó la descripción del ahogamiento. Luego pasó al final del libro. Oh, Dios, Trelawny apartó la mortaja para echar un vistazo al pie cojo de Byron. ¡Hombre repugnante!

Todos los victorianos, tanto los tempranos como los tardíos, eran morbosos por naturaleza. Cary fue uno de ellos y se compró una isla aquí. No tenía las vistas de Ackermann ni los grabados de Bartlett para inspirarse. Intuyó lo que quería, llegó y lo encontró.

¿Cómo empezó a desearlo? ¿Se quedó extasiado con las novelas de la señora Aphra Behn, pasó luego a *Atala* y a la idea del noble salvaje y después a James Fenimore Cooper?

Vino en busca de un gran sueño. Sabía que no sería fácil, que ningún criado lo acompañaría a esas islas remotas. Consiguió los libros con suma dificultad, y probablemente la historia de su difícil adquisición era la causa de que hubiesen legado esta biblioteca al instituto. Pero a cambio del sacrificio de la civilización tal como la conocía, ¿qué ganó Cary? ¿Un reino insular salvaguardado por libros? ¿Librarse para siempre del bullicio? ¿Desprenderse del pañuelo blanco anudado al cuello? ¿O simplemente esperanza y cambio?

Cary vino en busca de un sueño, dejando a su práctica esposa en York. Era aventurero, apasionado, romántico. Aquellos bosques eran su sitio.

—Oso —dijo, frotando el pelaje con el pie, sintiéndose sola de repente. El calor del fuego era excesivo; la alfombra de pelo se había apartado de la chimenea y se le había acercado. ¡Oh, se sentía sola, inconsolablemente sola...! Llevaba años sin sentir contacto humano. Siempre se le había dado mal. Era como si los hombres supieran que su alma estaba gangrenada. Las ideas estaban muy bien y ella podía esconderse en su trabajo y olvidarse por un tiempo del auténtico significado del instituto, donde el director se la follaba un día a la semana sobre su mesa mientras ambos fingían escandalizar al Gobierno, aunque Lou sabía muy bien que lo que él deseaba de verdad no era su carne pálida, sino esos elegantes bocallaves del siglo XVIII que tanto escaseaban en Ontario.

Había permitido que aquel trámite continuara porque era su único contacto humano, pero le horrorizaba recordarlo. No había cariño alguno en el acto, solo costumbre y conveniencia. Se había convertido en una especie de castigo que ella se infligía.

—Oh, oso —dijo, acariciándole el cuello. Se levantó y se desnudó, porque hacía calor. Se tumbó junto al lomo del oso, algo apartada y también apartada del fuego y, desolada, empezó a hacerse el amor.

El oso despertó de su sopor y se volvió. Sacó la pecosa lengua. Era gruesa y, como decía la enciclopedia, tenía un surco longitudinal. Empezó a lamerla.

Una lengua gruesa, moteada de rosa y negro. Lamió. Raspó, hasta cierto punto. Tanteó. Era cálida, agradable, extraña. ¿Qué demonios haría Byron con su oso?, se preguntó Lou.

El oso lamía. Buscaba. Lou podría haber sido una pulga a la que él estaba persiguiendo. Le lamió los pezones hasta que se le pusieron duros y le relamió el ombligo. Ella lo guio con suaves jadeos hacia abajo.

Movió las caderas: se lo puso fácil.

—Oso, oso —susurró, acariciándole las orejas. La lengua, no solo musculosa sino también capaz de alargarse como una anguila, encontró todos

sus rincones secretos. Y, como la de ningún ser humano que hubiera conocido, perseveró en darle placer. Al correrse sollozó, y el oso le enjugó las lágrimas.

Despertó por la mañana. Aquel clima era como seda sobre la piel. Cierta sensación de culpabilidad perduraba en los límites de su conciencia. Como si hubiese descuidado algo. ¿Qué no he hecho?

Ay, Dios, ¿qué he hecho?

Leía a Trelawny, me entusiasmé con Trelawny, sentí que por fin conocía a Cary, que había captado su mentalidad, entonces yo..., el oso.

Vaya, ¡qué extraño!, hacer eso. Haberlo hecho. Que me lo hicieran.

Hurgó en todos los rincones de su conciencia para ver si se sentía mal. Se sentía querida.

Hacía un día precioso. Salió, algo vacilante, en camisón. Estaba un poco dolorida. Dio agua al oso, le rascó las orejas y le puso comida. Luego, para purgar sus pecados, fue al huerto y se pasó una hora arrancando malas hierbas. Los conejos lo estaban arrasando y la lechuga sabía amarga. Tenía que levantar un cercado o agenciarse un rifle del 22, o bien abandonar.

Necesito carne, pensó.

Sin prepararse el desayuno, se vistió, desamarró la lancha y se deslizó por las resplandecientes aguas matutinas hasta la tienda de Homer. Una incipiente dicha estival envolvía el mundo. Los martines pescadores salpicaban, los peces brincaban, los nenúfares se abrían en la orilla. Keats, pensó. Entonces, ¿eran los poetas románticos los únicos capaces de ver?

En mañanas como aquella, sí. El clima exigía lirismo. Los espantosos gorgoteos del motor ensordecieron los gritos de las aves acuáticas. Ella se sentía curiosamente en paz.

En la tienda de Homer había una carta del director, que exigía saber cuándo volvería.

Lou compró un bloc y un sobre. Salió y se sentó en uno de los bancos con mesas adosadas que Homer tenía junto al río. «Querido director», escribió. Chupó el bolígrafo y empezó otra hoja. «Querido David». No, «Querido señor Dickson» bastaba:

He estado totalmente concentrada en la colección Cary. Es, en conjunto, mejor de lo que esperábamos, aunque muy ortodoxa como colección del siglo XIX. He encontrado una edición temprana de Wacousta entre otros libros mucho más corrientes y espero hacer nuevos descubrimientos. También albergo la esperanza de que tarde o temprano aparezcan diarios, aunque confieso que tal esperanza es limitada.

He estado trabajando a un ritmo más lento del habitual porque me he visto obligada a plantar un huerto para evitar el escorbuto. También me convendría pescar, pero no tengo paciencia para tontear con barcas.

Hay un mapa de Molesworth en buen estado.

Si quiere que haga este trabajo bien y a conciencia, debe permitir que me quede aquí el resto del verano. Estoy convencida de que no pondrá objeciones a que pase mis vacaciones anuales en Pennarth.

Firmó, dobló mal el papel, lamió el sobre, atrapó un mosquito y lo cerró. El cabrón me echa de menos.

La segunda carta era de una amiga feminista que le preguntaba por qué no investigaba a alguna pionera para el Año Internacional de la Mujer. Lou respondió, en una postal con un osezno subido a un árbol, que se lo estaba pasando de fábula.

—Toma —dijo, entregando la correspondencia a Homer—. ¿Tienes carne hoy?

—Nada fresco. ¿Has pescado?

—No. No sé.

—Tiene que haber buenas cañas en la casa. Cary pescaba mucho. Escarba en el huerto para conseguir unos gusanos y sal con el bote al anochecer. Esa calita del otro lado del río es muy tranquila y hay buenos lucios detrás del islote que hay al este. Los lucios están muy ricos.

Lou se estremeció, compró una docena de huevos y se fue. A fin de cuentas, ella era una persona de interior.

Sin embargo, cuando anocheció, el río parecía apetitoso y había ideas que deseaba evitar. Se hizo con los gusanos, encontró una vieja caña con mango de corcho y partió canal abajo.

Los mosquitos eran exasperantes. En cuanto echó la caña, apenas pudo estarse quieta. Había peces; los oía chapotear, pero no sabía si quería pescarlos. Lucios. ¿Los lucios estaban ricos? ¿De veras? ¿Cómo se decía lucio en francés?

Brochet, quenelles de brochet. Gelatinoso y pesado, como el pescado gefilte. No, gracias.

Iba a sacar la caña para irse cuando descubrió, asombrada, que había picado un pez. ¿Era así de fácil? Intentó recoger el sedal, pero se le enredó: el hilo se resistía a enrollarse. Como era un viejo sedal de algodón tan grueso como una cuerda, empezó, temerariamente, a devanarlo a mano. Se cortó las palmas cuando el pez forcejeó para escapar. Lou se puso firme. Pese a sus reservas, ahora quería el pez a toda costa. Lo sacaría y se lo comería. Se inclinó por la borda y a punto estuvo de volcar. Se puso a tirar con todas sus fuerzas.

Finalmente, consiguió sacarlo a mano con escasa elegancia. Era un inmenso pez amarillento. Tenía un morro alargado, de aspecto malévolos. El pez coleteó a sus pies, en el fondo de la barca. Lou aborrecía esa sensación. Viscosa. Usó el sedal, que a esas alturas ya no tenía arreglo, para atar el pescado a un tolete.

En cuanto llegó al embarcadero, tuvo que ir a buscar un cuchillo a la casa para desatar el pescado de la borda. Luego volvió a subir corriendo en busca de una red para transportarlo. No encontró ninguna. Regresó con una bolsa de plástico.

Cortó el sedal, metió los pulgares bajo las agallas y guardó el pescado en la bolsa, no sin antes cortarse los dedos con las punzantes aletas.

Ahora tendré que limpiarlo y guisarlo, pensó. Pescado. Viernes. Con asquerosa salsa blanca y guarnición de huevo duro y espinacas. No. El único pescado rico era el que preparaba tu padre cuando os ibais de acampada.

¿Tendrá esas escamas que hay que limpiar hacia atrás?, se preguntó. ¿Le quito la piel y lo fileteo? ¿Habrá un cuchillo lo bastante afilado? Maldita sea.

Era un pez grande, de los que llenan de orgullo a los pescadores de verdad. A Lou ya le daba asco. Seguía golpeándose contra ella en la bolsa. Están muy ricos, oía decir a Homer, una y otra vez.

Lo dejó en la encimera de la cocina. Plof. Resbaló de la bolsa al fregadero, donde se quedó boqueando en busca de agua. Lou sintió que al sacarlo de su reino había hecho algo espantoso. El animal tenía la boca destrozada por el anzuelo. ¿Y si era un excepcional pez aguja del lago Michigan que se había desviado cien millas náuticas para darle el gusto al naturalista Louis Agassiz? ¿Y si estaba lleno de mercurio? Cogería la enfermedad de Minamata y la arrestarían por parecer una india borracha. El pescado tenía una cara avinagrada y saturnina. Lou no lo quería.

Mientras sonreía arrepentida, se le ocurrió quién podría quererlo. Metió el pescado en la bolsa y se lo llevó al oso.

Mañana, mientras me coma un majestuoso sándwich de mortadela, Homer me preguntará si pesqué algo. Le diré que se me enredó el sedal, pensó.

Encendió las lámparas y subió a la biblioteca. La noche anterior había dejado el despacho desordenado. Lo organizó, acabó de documentar el estante de libros que se había asignado y luego se acomodó para leer a Trelawny como Dios manda. La noche anterior se había entusiasmado en exceso al descubrir la personalidad de aquel hombre que había confundido con Cary.

De todos modos, Trelawny estaba muy bien. Se daba cuenta de las cosas. No le gustaba demasiado Mary Shelley, ni ninguna mujer. Las mujeres son objetos útiles si se quedan en su sitio, lo oía pensar Lou. Recordó a las mujeres que los oficiales se habían traído a Canadá: aisladas, encorvadas, prácticas, resistentes, exiliadas. Sin embargo, además de las llorosas y agonizantes, también tuvo que haber algunas que disfrutaron de arrancarle un nuevo mundo al universo.

Su amigo subió la escalera oliendo a pescado. Dobló la lengua en vertical y se la hundió en el coño. Una nota cayó del libro:

El hijo de una mujer y un oso es un héroe con la fuerza del oso y la inteligencia del hombre.— Antigua leyenda finlandesa.

Lou gritó de placer.

Enseguida llegó el verano. Los conejos siguieron arrasando el jardín. El director le dio su magnánimo permiso para pasar las vacaciones allí, y hasta amenazó con visitarla. Lou sabía que él nunca saldría de la ciudad.

El fin de semana del 1 de julio llegaron las lanchas motoras, los turistas, los esquiadores acuáticos y los propietarios de las casitas: veraneantes pálidos, si bien entusiastas. Por la noche, sabiendo que seguían en el río, Lou bajaba las persianas; durante el día se sentía profanada, pues el dulce silencio había desaparecido. Una familia hasta llegó a llamar a su puerta para preguntarle si podía enseñarles la casa. Ella rechazó el honor.

Los amantes encendían hogueras en su playa. Los esquiadores acuáticos la saludaban mientras saltaban a su lado. Ella no se sentía cordial. Quería estar a solas con el oso.

Los noruegos dicen: «El oso tiene la fuerza de diez hombres y la sensatez de doce». No obstante, nunca lo llaman por su verdadero nombre, por miedo a que arrase sus rebaños y cosechas. Lo que hacen es referirse a él como «Moedda-aigja», el anciano con abrigo de pieles.

No es que descuidase el trabajo. Trabajaba. De ella siempre habían dicho que, de ser algo, era concienzuda. Tenía que trabajar y todavía quedaba mucho por hacer. Además de la simple tarea de catalogar, debía encargarse del inventario de la casa. (Y cada una de sus angulosas habitaciones parecía tener innumerables mesitas victorianas de un tipo perturbador: cuatro patas, tablero pequeño, una altura y un tamaño solo aptos para sostener una Biblia o un helecho, o quizá para una de esas campanas de cristal que exhibían aves descompuestas o coronas funerarias. Las patas abiertas de aquellas mesas le asqueaban). Había muchos objetos que inventariar y, con suerte, también cosas que añadir al inventario que le habían facilitado los abogados y que no era completo, ni mucho menos.

Una mañana resplandeciente despertó de buen humor y tuvo que admitir que ni siquiera había intentado abrir la puerta del sótano. Los sitios húmedos con arañas le daban miedo. Desayunó, atendió al oso con brío y eficacia (no podían ir a nadar porque había cuatro barcas pescando plácidamente en el canal) y, armada de dos linternas y una lámpara de aceite, cruzó la puerta y bajó.

La región inferior era, en efecto, oscura y estaba infestada de arañas. Para su alivio, sin embargo, encontró cuatro lámparas llenas de aceite colgando de las vigas. Las encendió una a una y el sótano reveló a la luz sus dimensiones fantasmagóricas.

Empezó a explorar, ayudada por una de las linternas. Le sorprendió descubrir que en dos lados del octógono los cimientos se habían excavado a más profundidad para formar lo que probablemente eran dos despensas, pues una contenía estantes de madera, tres tarros de conservas con tapas verdes y tres manzanas arrugadas. La otra estaba vacía, salvo por el cuerpo, descompuesto desde hacía ya tiempo, de un roedor.

Gente ordenada, los Cary. Allí había cable grueso pulcramente amontonado y ordenadas filas de tuberías. En otro rincón, un almacén de sillas de mimbre. Más mesitas para helechos. Cuadros (*El despertar del alma*, *Wolfe en Quebec*, pero no, ay, *El asedio de Derry*, que siempre había querido) con marcos de yeso dorado. Así que no habían sido tan sofisticados como para ahorrarse la moda de las oleografías.

Viejas botas para la nieve, con borlas y la puntera levantada. Un banjo roto. (¿Cantarían de noche *Old Black Joe* en la escalera del porche?)

Luego, en otra pared, baúles; en realidad, una historia del baúl: cofres de tapa arqueada y repujado de estaño forrados, sin duda, de pájaros estampados; cestos de mimbre grandes y teatrales; arcas con ribetes de madera de la Primera Guerra Mundial; baúles ropero de fin de siglo, con capacidad para cien novias. Baúles y más baúles. Trabajo. Tesoro.

Sonrió, fue en barca hasta la tienda de Homer y le preguntó si él y Sim podían echarle una mano.

—Quiero subir unas cosas del sótano —explicó vagamente.

Los ojos de Homer resplandecieron detrás de las gafas. Fue a la vivienda que había en la parte posterior y habló con su mujer, cuya voz se escuchó, alta y malhumorada, desde el otro lado del estante de conservas.

—¡Estoy hasta el gorro de esos malditos Cary! —escuchó Lou—. Abierto hasta las nueve y luego a saber qué más. ¡Aquí hay gato encerrado, a mí no me la das!

Lou se sonrojó y quiso salir corriendo. Se cree que voy tras él, pensó.

—Tu mujer también puede venir —le dijo a Homer.

—Parece que quiere que le partan la cara, con esa forma de comportarse... —dijo Homer, sin cambiar su alegre sonrisa—. No le gusta que vaya a la isla. Nunca le ha gustado. Se cree que está encantada o algo así, que es una mala influencia. Oye, puedo ir solo yo, si crees que podemos apañarnos entre los dos. Tengo que dejar a Sim en la gasolinera. Babs es buena chica, pero nunca se le han dado bien los surtidores.

—¿Cuántos hijos tienes, Homer?

—Nueve, incluyendo a los dos adoptados por mi mujer.

—Jo, eso es un montón.

—No dejarías a un niño sin hogar solo porque te asusta un poco de trabajo, ¿no?

—Yo, sí. Ella, no. Oye, podemos dejarlo para cuando no estés tan ocupado.

—La noche del lunes no está tan mal. Los fines de semana, imposible. Ha empezado la temporada de más trabajo y ya hemos abierto el *camping*. Esa gente no se entera de nada, la mitad de las veces ni saben encender una lámpara de queroseno... Tengo que estar pendiente de que no las llenen con líquido de barbacoa. Y luego está el tema de los pañales que atascan las fosas sépticas. Hay que tener fosas sépticas. ¿Para qué va la gente de *camping* si no puede traerse a los niños? Algunas mujeres se pasan el día en la lavandería. Y también están las fuerabordas que hay que reparar en el puerto deportivo... Dios, algunas vienen aquí y se pasan el día sentadas en sus caravanas bebiendo cerveza mientras los maridos pescan. Viudas de pescadores, las llaman. La cosa es que ya no pueden hacerlo por 2,50 dólares al día, no con la nueva normativa. Total, que me irá bien escaparme un rato. A mi mujer ya se le pasará.

Lou regresó con una sensación ambivalente. Sentía que apartaba a un hombre de su esposa. Sentía que le ofrecía una especie de vacaciones. Se alegraba de que la esposa adoptase niños y se negase a manejar los surtidores de gasolina, pero le enojaba esa voz estridente y quejosa. Las pescaderas gritonas nos dan mala fama a todas, pensó.

Pescaderas y viudas de pescadores. Y todas empezamos queriendo ser sirenas.

Hubo un tiempo en que abundaban los osos en las islas británicas. Los romanos importaban osos de Caledonia que utilizaban como instrumento de tortura. En Gales eran presas de caza.

Homer llevó *whisky* de centeno. Tomaron una copa, bajaron al sótano y encendieron las lámparas. Él le dijo que solo había estado una vez «bajo cubierta», para subir unas sillas de mimbre mientras la anciana señora sostenía una débil linterna. Miró a su alrededor, fascinado. Encontró un alijo de viejas lámparas que a Lou se le habían pasado por alto: candiles, elegantes tulipas para velas, hasta un quinqué que a Homer le gustó muchísimo. Aunque por ley era propiedad del instituto, Lou se lo dio. ¿Y por qué no?, pensó. Él se ha portado muy bien conmigo.

Subieron los baúles por la escalera, uno a uno. Dejaron algunos en la cocina, otros repartidos por el dormitorio y por la sala. Se sentaron a la mesa, agotados.

—Bueno, ¿no piensas abrirlos? —preguntó Homer.

—Supongo que sí.

Le resultó extraño no temblar, ahora que la rodeaban todos aquellos tesoros.

—Primero tendrías que quitarles el polvo.

—Supongo que sí.

—No eres esa clase de mujer, ¿verdad?

—¿Qué clase de mujer?

—La limpieza de la casa ante todo.

—Joder, Homer. No.

—Será mejor que los limpies antes de abrirlos. Si no tienes agua corriente, hay que acabar con la suciedad de entrada. Aquí no podrás pasar la manguera.

—¿Cuál abro primero?

—¿Quieres que me quede?

—Si te dijera que te fueras, ¿te irías, Homer?

—No.

—¿El más antiguo o el más nuevo?

—Ese baúl de la Primera Guerra Mundial. Siempre me han interesado los uniformes.

Lou encontró un trapo y limpió el baúl. No demasiado bien, para no dar la impresión de que cedía ante Homer. Lo abrió. Contenía dos ásperas mantas militares de color caqui.

—No se puede ganar siempre —dijo Homer—. Toma otro sorbito de lo bueno.

Algunos estaban vacíos, otros llenos. En uno encontraron botes vacíos de conservas y, en otro, preciosos vestidos de los años 20 y 30: cretonas con cuentas bordadas, celestiales terciopelos oscuros y un singular abrigo de

noche color melocotón con apliques de cabritilla plateada. Lou se los llevó al dormitorio y se los probó delante del espejo de cuerpo entero. Homer apareció en el umbral.

—No pegan con tu bronceado.

—No sé qué hacer con todas estas tiras.

—Eran para realzar el busto, decía mi madre.

—Tonterías, se las ataban hacia abajo para disimular el que tenían. Con las campesinas no funcionaba.

Los pechos no eran el tema de Homer. Empezó a hablar de su negocio del puerto. Le contó más del negocio del puerto de lo que ella hubiera querido saber.

—¿De quién crees que eran estos viejos vestidos?

—Oh, de la vieja Coronel, creo. Se marchó a estudiar fuera, a Inglaterra, o puede que a Montreal, y no volvió en mucho tiempo. Una vez oí decir, aunque no lo recuerdo muy bien, que se llevó a la hija de una millonaria de fiesta por Europa en los buenos tiempos, antes de la crisis del 29. En esa época no dejaban que las chicas anduvieran sueltas. Supongo que Coronel tenía buenos contactos y se llevó a esa chica a todas partes mientras cuidaba de ella. A veces me hablaba de su tren de vida. Alquilaban una avioneta en París, una pequeña de cuatro plazas, para ir a fiestas en Oxford o Londres. Tenían sus propias cazadoras de borrego y cascos de cuero hechos a medida, decía.

—¡Caray!

—Ah, ¿qué haríamos tú y yo con un mayordomo, eh? ¿Darle una propina y llamarlo «buen hombre»? Cuando yo trabajaba de guía, había un viejo caballero yanqui que me caía bien y era muy generoso, pero a veces me llamaba «mi muchacho». Le dije que dejaría el trabajo si no me llamaba Homer. O Campie, en esa época a veces me llamaban Campie. Él lo comprendió.

—Vamos a la otra habitación a buscar los baúles que quedan.

—Ya sabes, si bebes tienes que tener cuidado con esas lámparas.

—Cogeré la linterna y tú encenderás el aplique de gas por mí.

—Bien dicho.

No le gustaba la sala. Estaba llena de rincones invisibles de ángulos extraños, el punto flaco del octógono. Los muebles eran cuadrados, no encajaban y parecían descentrados. Siempre que entraba, esa habitación le evocaba la imagen del rectángulo convencional y la inquietaba. Abrió uno de los baúles a la luz vacilante de la llama, medio agachada junto al sofá de crin.

Cuando se inclinó para descubrir sus misterios, Homer le pellizcó el trasero.

—No —dijo ella.

—¿Estás comprometida?

El corazón le dio un vuelco.

—Tú sí.

—¡Qué diantres!, Babs y yo..., veinticuatro años. Si un hombre no puede...

—Si un hombre puede, ella también.

—La mataría.

—Entonces no me toques.

Él se le plantó delante, enfadado.

—Tú me pediste que viniera.

—Para que me ayudaras con los baúles. Como has hecho. No te pedí que trajeras algo de beber, aunque lo he disfrutado. Veamos qué hay en este baúl.

Homer la cogió del brazo.

—Oye...

—Cállate, Homer. —Lou se incorporó y se le encaró. Eran de la misma altura. Ella más joven, él más fuerte. A Lou le gustaba, pero no lo que hacía. Aprovecharse, pensó. De pronto quiso hacerle saber quién mandaba allí, recordarle su clase, ponerlo en su sitio. Ella sabía que eran iguales, pero no sentía que lo fueran, se veía como una gran dama que asistía a bailes y a él como a un criado que conocía sus secretos.

De hecho, todavía llevaba un vestido de fiesta. Bajó la vista. Vio escote, vio que casi tenía las tetas fuera.

—¡Oh, Dios! Lo siento.

Homer negó con la cabeza.

—No ha sido eso. Me gustas, ¿sabes? Cuando me gusta una mujer, me da igual lo que se ponga. Me daría lo mismo si llevaras vaqueros y una camisa a cuadros. Sí, he bebido mucho. Un hombre puede tomarse una noche libre de vez en cuando. No hay nada malo en eso. Eso también te gusta, ¿verdad? Ni una sola vez has rechazado una copa, nunca me has ofrecido una. Eres una esnob. No me había dado cuenta. Y debería.

Ella intentó retenerlo.

—Homer...

Homer se puso la gorra.

—De ahora en adelante, si quieres algún trabajo lo contratas a través de tu instituto, de tu puto instituto.

Ella se quedó allí, vacilando; luego lo tocó.

—Siéntate.

—No. Me voy.

—Ven a la cocina, que se está bien. Me pondré un jersey y ya no seré una gran dama. No nos hemos ventilado la botella.

—Tengo que irme. Babs estará cabreadísima.

—Ven y siéntate..., buen hombre.

Porque su cabeza se había puesto a funcionar y encajaba las piezas, empezaba a entender las cosas.

—Me gustas —le dijo Lou, ya en la cocina—. Pero está Babs. Y si te pago con sexo, ¿en qué lugar me deja eso?

—Bien pensado. Yo no había caído. La parte de Babs... me la dejas a mí. Eso es un asunto privado entre ella y yo, ¿comprendes? Todo hombre y su mujer tienen sus arreglos y tú no puedes meterte en eso. No creas que jorobándome le haces un favor; Babs no lo apreciará. A Babs no le importa si estoy subiendo baúles o follándote, para ella es lo mismo. Simplemente no estoy allí. Es una mujer: me quiere cerca, quiere tenerme controlado. Pero hay veces en que un hombre tiene que largarse y ella no sabe manejar los surtidores de gasolina, no hay manera.

Lou pensaba: «Nunca volveré a acostarme en un escritorio, nunca, jamás...».

—Pero —siguió Homer— me gustas. Y tú vives aquí sola. Te gusta beber y pensé que, bueno, seguramente te gustaba follar y ¿qué hay de malo en eso? A fin de cuentas, eres una mujer moderna.

Ella pensó: «Podría llevármelo a la cama y mandarlo de vuelta al amanecer, entre los juncos y los martines pescadores. Me gusta. Es fuerte, es duro, lo hará bien. Podría abrazarlo. Quizá hasta él podría abrazarme. Sería humano. Y, quién sabe, a lo mejor estos pueblerinos saben cosas que yo desconozco». Pero aquello iba en contra de sus principios.

—Oye, ayúdame a apartar los baúles para que no estorben en la cocina —dijo ella—. Además, tengo la regla. Y sí que te di *whisky* una vez, Homer.

Temía que él dijese algo imperdonable sobre la menstruación, pero no fue así. Homer la ayudó.

—¿Seguimos siendo amigos? —preguntó Lou.

—Más o menos —respondió él, tímido.

Ambos sabían que no había nadie a quien pudieran contárselo, y eso hizo que se sintieran mejor.

18

—Oso —gritó Lou—, te quiero. Arráncame la cabeza.

El oso no lo hizo, pero la fiebre menstrual lo volvió más diligente. Lou le tenía algo de miedo, pero ese miedo la embriagaba y atraía. Lo cogió del pelaje espeso que se le escurría entre las manos: intentó agarrarse al suelto pellejo, pero cuanto más profundizaba más profundidades encontraba, y le resbalaban las cortas uñas.

Acunó en las manos los huevos grandes, peludos y asimétricos, jugó con ellos, los deslizó suavemente en el escroto mientras él la lamía. La polla no salió de su funda larga y cartilaginosa. Me da lo mismo, pensó, no pido nada. No tengo que complacer a nadie. Qué más da si no te excito, te quiero y basta.

El tiempo estaba en su mejor momento, el cielo azul y los campos en flor. Lou iba a nadar y, si el canal estaba desierto, se zambullía con el oso entre resoplidos y grandes salpicaduras. Cogía lechugas amargas del huerto. Trabajaba en la biblioteca con los estores bajados para protegerse del sol cegador que manaba del lucernario. Examinó el contenido de los baúles una y otra vez, hasta que al final rajó un forro de percal azul y encontró la carta del nombramiento de Cary en el 49 de Infantería, las menciones militares de Portugal, el borrador de la solicitud de propiedad de la isla y una caricatura de Rowlandson en la que un hombre con botas negras desaparecía bajo el vestido de una damisela. Lo clavó bajo el retrato del coronel. Lo humanizaba.

Porque lo que le disgustaba de los hombres no era su erotismo, sino que dieran por supuesto que las mujeres no tenían. Lo que las confinaba al papel de amas de casa.

Desplegó y copió los preciosos papeles del coronel. Limpió la casa hasta dejarla resplandeciente. No por el director, sino porque ella y su amante necesitaban paz y dignidad.

Oso, llévame al fondo del océano. Oso, nada a mi lado. Oso, abrázame, envuélveme, nada conmigo abajo, abajo, abajo.

Oso, haz que por fin me sienta cómoda en el mundo. Dame tu piel.

Oso, solo quiero esto y nada más de ti. Oh, gracias, oso. Siempre te protegeré de los desconocidos y de las miradas curiosas.

Oso, abandona tu humildad. Tú no eres un animal humilde. Tienes pensamientos propios. Cuéntamelos.

Oso, no puedo ordenarte que me quieras, pero creo que me quieres. Lo que yo quiero es que sigas siendo lo que eres y que lo seas para mí. Nada más. Oso.

A veces, ya bien entrada la noche, sintonizaba emisoras distantes en su transistor. Lenguas indescifrables del otro lado del Polo, lentos acentos de Nueva Orleans. Una noche trabajaba arriba junto a la ventana, envuelta en una brisa suave y jabonosa, cuando la música griega inundó la sala. El oso roncaba frente a la chimenea apagada. Pasaba de la medianoche. La brisa alborotó sus papeles mientras los buzukis se lamentaban.

—Oso, baila conmigo —dijo ella de pronto. Se levantó y empezó a mover los pies a la griega, con los brazos en alto, como una figura cretense.

El oso se levantó lentamente sobre las dos patas. Lou tenía la impresión de que a él le dolía o le confundía permanecer mucho tiempo en pie, que los músculos no le obedecían tan fácilmente en esa posición, pero se mantuvo vacilante ante ella y, mientras Lou agitaba brazos y pies al ritmo de la música, empezó a mecerse y a moverse despacio.

Lou lo observó. Era maravilloso. Un maniquí extraño, gordo, mesomorfo, de patas y hombros absurdamente pesados, que intentaba bailar erguido por primera vez. ¡Un bebé! En maravilloso semiequilibrio, sonriendo a medias, inseguro, inestable...

Plin, sonaba la música. Zonc. «*Efies...*» Te fuiste... No, yo no me iré, le dijo mentalmente al oso. No me iré jamás. Me haré extraños ropajes de piel para estar contigo en invierno. Nunca, jamás te dejaré.

El oso bailaba ante ella. Sin apenas moverse, desplazaba el peso de un anca a otra, arrastraba delicadamente los enormes pies, mecía los brazos despacio en el aire. Lou se le acercó. «*Ef-ii-ess*». En los clubes griegos de Toronto se había escuchado esa canción tantas veces que hasta un anglosajón acababa aprendiendo algunas palabras. Era un lamento de soledad, de pérdida de un ser querido. Nadie podía permanecer impasible ante ella.

Fuera cual fuese la emisora, le ahorró las cavilaciones cambiando a un disco más primitivo. La música se volvió más aguda, más disonante; el ritmo, impredecible. El oso se meció, mirándola en busca de instrucciones. Ella se le acercó, tomó las patas entre sus manos y luego, con sus dedos entrelazados con las zarpas del oso, empezó a moverse al ritmo de la música, pegada a él.

Nunca había abrazado al oso erguido. Era una sensación cálida y extraña. Lou se contoneó, arrimándose a su cuerpo. Apoyó la cabeza en su hombro. El oso se quedó quieto, muy quieto: no sabía qué hacer. Lou recordó un baile escolar en que siendo poco más que una niña, avergonzada, confundida y sintiéndose culpable, se había abrazado al cuerpo de un hombre por primera vez.

Él no correspondió al abrazo. Se quedó inmóvil mientras ella bailaba tan cerca de él como podía. Entonces el oso bostezó. Lou notó la enorme mandíbula que le bajaba por la cara. Vio, de reojo, el resplandor de la dentadura, donde faltaban dos dientes. Se apartó. La música se había convertido en un raro *pizzicato*, rítmico y sistólico.

El oso bajó a cuatro patas. Los hombres empezaron a emitir extraños gorgoteos que ahogaron la música de los violines. Él se echó con las orejas levantadas, atentas a los sonidos casi animales; Lou lo dejó descansar un momento y después se tumbó a su lado. La excitaba. Se desnudó. El oso inició sus perseverantes lamidas. Le lamió las axilas y la línea entre los pechos, que olía a sudor.

—El oso de Byron bailaba —susurró Lou—, pero él no le prestaba atención. Si te hubiese conocido, ¿habría acabado «Beau» Brummell sus días entre las monjas, jugando con sus excrementos?

A veces el oso casi le rasgaba la piel con su eficaz lengua, a veces se distraía. Ella tenía que engatusarlo y atraerlo de nuevo. Se untó con miel y le susurró, pero en cuanto terminó la miel el oso se alejó, pedorreando y saciado.

—Cómeme, oso —le suplicó, pero él volvió la cabeza, cansino, y se quedó dormido. Lou tuvo que ponerse una camiseta y volver a trabajar.

Cogió un volumen gofrado que tenía por título *Obra poética de John Milton*, volumen I, publicado en Hartford en 1856. Las ilustraciones y el papel eran mediocres, la letra era grande. Pensó que habría sido agradable leer *El paraíso perdido* en el colegio con letras de ese tamaño. Parecía más directo y franco.

Otro mensaje, de Dios o del coronel Cary, cayó del volumen:

Una vez, tiempo atrás, los ainu de Japón separaron a un oseño de su madre y se lo llevaron para que lo amamantase una mujer. Se convirtió en un

miembro de la aldea y se le honró con bondad y amor. En el solsticio de invierno, cuando tenía tres años, lo llevaron al centro de la aldea, lo ataron a un poste y, tras muchas ceremonias y disculpas, lo sacrificaron clavándole afilados palos de bambú. Se celebraron nuevas ceremonias, durante las cuales su madre humana lloró por él, y se comieron su carne.

—¡Nunca! —gritó Lou.

Salió y nadó desnuda en el negro río nocturno. Después, tumbada boca arriba, contempló los misteriosos destellos verdes de la aurora en el cielo mágico.

Era una noche cálida, suave en la piel. Al parecer, la mayoría de los insectos se habían ido. Se quedó dormida en la hierba y soñó que Grinty y Greedy se acercaban rodando colina abajo, dentro de una mantequera.

—Nos la comeremos —dijo Grinty—. Le comeremos las tetas.

—Cuidado —dijo Greedy—. Cuidado, nos comerá ella primero. ¡Corramos!

Despertó entumecida, fría y sintiéndose culpable. Subió a tuestas y apagó las lámparas. El oso se había ido. Le pareció humano, amable y considerado que cuidase de sí mismo cuando hacía falta. Al acostarse, lo encontró en su sitio. Hacía demasiado calor para dormir con él.

19

Ahora sabía que lo amaba. Un amor tan extravagante que el resto del mundo se había convertido en un estrecho nudo sin sentido, salvo por el paisaje que, neutral y ajeno a ellos, gozaba de sus propios orgasmos de verano. Cuando no había barcas, Lou nadaba con el oso; nadaba durante horas, salpicando y pescando para él bonitas piedras que el oso aceptaba muy serio y se acercaba después a los ojos miopes. Ya en la orilla, él le arrojaba piñas. Lou encontró una pelota en la caseta de los botes. Se sentaron en la hierba con las piernas extendidas y se la pasaron rodando. Lou intentó lanzársela, pero como el oso parecía asustado e incapaz de atraparla, se limitaron a hacerla correr por el suelo, con suma seriedad, durante lo que parecieron horas y horas. Volvieron a nadar. Jugaron a ser focas. Él se zambulló debajo de ella y le sopló burbujas en el pecho. Lou se abrió de piernas para atraparlas.

Ahora sabía que lo amaba, lo amaba con una pasión limpia que nunca había sentido antes. Una vez, por poco tiempo, había sido la amante de un hombre elegante y atractivo, pero siempre se sintió incómoda cuando él decía que la quería. Sentía que se refería a algo que Lou no acababa de entender y, en efecto, descubrió que él la quería si los calcetines estaban doblados y ella siempre a su disposición, si la comida era exquisita y ella no menstruaba, si el vino no le soltaba la lengua o si el aceite de oliva no añadía un pliegue a su barriga. Cuando la dejó por otra más pequeña y pulcra, más dispuesta y dócil ante sus exigencias, Lou había arrojado piedras a sus ventanas, había escrito obscenidades con tiza en los muros de su edificio, se había obsesionado con la imagen del pulcro coño de la joven amante (él había obligado a Lou a abortar) y con el nombre de su rival (aunque años después, cuando la vio por primera vez, descubrió que no era nada agraciada), cuyos anagramas se cortó en el brazo... En resumen, le había sorprendido lo profundo de su apasionada desazón ante la pérdida de un hombre que, en esencia, era mezquino y exigente.

Durante una semana se había prendado del director; tal vez durante más tiempo. Había necesitado una relación sexual. Los pepinos, como descubrió al

investigar las posibilidades sugeridas en *Lisístrata*, eran fríos. Las mujeres la habían dejado con ganas de hombre. El director y ella compartían intereses, era encantador y eficaz; tenían mucho en común cuando follaban sobre mapas de Molesworth y genealogías caligrafiadas, pero no amor.

Amaba al oso. Lo encontraba sabio y tolerante. A veces le parecía Dios. Él la atendía. Si Lou defecaba a su lado por la mañana, el oso estaba dispuesto en cuanto ella se abría de piernas. Era bruto y tierno, perseverante, paciente e, intuía, infinitamente amable.

Amaba al oso. Había en él unas profundidades que Lou no podía sondear, que no podía palpar ni destruir con los dedos del intelecto. Se acostaba sobre su panza y él le daba golpecitos con las zarpas. Tocaba la lengua del oso con la suya y notaba su grosor. Exploraba sus encías, los dientes que eran casi colmillos. Le levantaba los negros labios con los dedos y le pasaba la lengua por el borde de las encías.

Una vez, solo una, probó a llamarlo «Trelawny», pero el nombre no inspiró nada en él y ella comprendió su error: él no era un parásito coleccionista de memorias, no era un pirata. Era una enorme criatura viva, más vieja, grande y sabia que el tiempo, una criatura que por ahora era su criatura, pero que en cualquier otro momento podría volver a su propio mundo, a su propia sabiduría.

Lou seguía trabajando. Arriba. Despacio.

Los pescadores de Terranova, le dijo una de las notas de Cary, *recogen en el bosque huesos peneanos de los osos y los clavan en las paredes de sus cabañas para colgar los abrigos.*

Tenía una polla gruesa, protegida y envuelta en su funda. Lou se arrodilló y jugó con ella, pero no se le levantó. Ah, bueno, el verano aún no ha terminado, pensó.

Entonces descubrió una valiosísima edición temprana de la *Historia natural* de Bewick y se sintió justificada.

Vivían juntos, dichosa e intensamente. Lou sabía que la piel, el cabello, los dientes y las uñas le olían a oso, y ese olor le resultaba de lo más agradable.

—Oso —decía, tentándolo—, solo soy una humana. Desgárrame la fina piel con las zarpas. Soy frágil. Para ti es fácil. Escarba y arráncame el corazón, una larva bajo un tronco. Arráncame la cabeza, oso mío.

Pero él se portaba bien con ella. Gruñía, se sentaba ante ella y sonreía. Una vez le posó una suave pata en el hombro desnudo, casi con cariño.

Ahora Lou iba a la tienda de Homer lo menos posible y solo después de nadar, para que él no notara que olía a oso. Compraba más comida que antes. Cuando cocinaba, también cocinaba para el oso, que se sentaba a su lado en la escalera del porche y a veces cogía el cuenco con las patas para lamerlo.

«Me pregunto si consideras que la biblioteca es lo bastante buena para justificar esta inversión de tiempo», le escribió el director.

Fóllate un libro, quiso responderle.

Vivía intensa y absolutamente para el oso. Juntos cogían bayas en el bosque. Él usaba la pata parallenarse las fauces de frambuesas maduras. Ella reservaba las suyas como blandas joyas en una vieja lata de miel con mango de cuerda que había aparecido en la leñera. Lou quería que él encontrara alguna colmena, quería verlo glotonear entre las abejas, pero bajo los troncos podridos el oso solo encontró gusanos y larvas. Lou cogió espárragos silvestres tan finos como los tallos del trilio, los cocinó y le parecieron deliciosos.

Una mañana, ella se puso a gatas y compartieron los copos de maíz con leche en polvo y frambuesas. Sus extrañas lenguas se encontraron y Lou se estremeció.

Empezó a apretar el calor. El oso se quedaba en su cubil, jadeando. Ella se quedaba en la cama, deseándolo, pero no era su momento. Recordó su año como amante, cuando esperaba al hombre exigente que volvía a casa no con ganas de ella sino de *steak au poivre*, cómo siempre lo había deseado por la tarde y nunca se atrevió a pedírselo. Podría haber sido de otro modo, pero...

Fuera, en el río, los esquadores acuáticos zumbaban como libélulas gigantes. Hacía demasiado calor para trabajar arriba. Se tumbaba desnuda, jadeando. Quería estar cerca de su amante, quería ofrecerle los pechos y el útero, casi convencida de que él podía fecundarla con los héroes gemelos que salvarían su tribu. Pero tenía que esperar a que cayera la noche para encontrarse con él sin correr riesgos.

Era la noche de las Perseidas. Se llevó al oso al río. Nadaron en las aguas quietas y negras. No jugaron. Estaban serios, esa noche. Nadaron en círculos con gran solemnidad. Luego fueron a la orilla y en lugar de sacudirse a su lado, él se limitó a echarse y lamerle el agua del cuerpo mientras ella, de cara al cielo, dejaba caer las estrellas: una, dos, catorce, un millón... Parecían caerle encima, dispuestas a quemarla. Una vez alargó el brazo para coger una, tan cerca la veía, pero el resplandor se apagó en su mano, se apagó en la Vía Láctea.

Se oyó el reclamo de los colimbos y los chotacabras.

Se incorporó. El oso se sentó delante. Lou se puso de rodillas y se le arrió. Cuando estaba bastante cerca para sentir el húmedo lustre contra sus pechos, lo montó. No pasó nada. El oso no la penetró y ella no pudo hacer que la penetrara.

Lou se apartó. El oso estaba impasible. Se lo llevó a su recinto y lo mandó a la cama.

Se vistió y pasó el resto de la noche echada en la áspera hierba del pantano. Contempló la lluvia de estrellas, siempre fuera de su alcance. Al amanecer, el cielo produjo su aurora distante, misteriosa, de destellos verdes.

Al día siguiente se sentía inquieta, culpable. Había roto un tabú. Había cambiado algo, la naturaleza de su amor era ahora distinta. Había ido demasiado lejos. Había en ella algo agresivo que siempre hacía que se excediese. Una vez había arrojado un huevo de marcasita a la ventana de su amante, un huevo verde que tenía en mucha estima. Llevaba demasiado tiempo en esta casa. Se había follado al director. Había dejado que se le saliesen las tetas del vestido delante de Homer. Había ido demasiado lejos. Seguro que si tuviese hijos, los descuidaría.

Subió y descubrió lo poco que le quedaba por hacer. Bajó y se masturbó. Se sentía vacía y enojada: una mujer que apeataba a bestialismo. Una mujer que no entendía nada, que no tenía ninguna función: una inútil.

Bajó a la barca y se lanzó a recorrer el canal como si fuera uno de esos tontos motorizados, virando demasiado cerca de los bajíos, retando a las olas en aguas abiertas. Pero los ríos estaban muy tranquilos y lo único que vio fue la rama roja de un arce. Hizo que se quisiera morir.

Se acostó sin cenar, sin dar de comer al oso. Soñó que unos seres verdes se bajaban del viento y reclamaban partes de su cuerpo para comérselas. «¡Esta es mía! ¡Esta es mía! No, esta parte es demasiado vieja. Esa está demasiado usada. Tiene pelos en el pecho. Lleváosla».

Los caballos que tiraban del sol se detuvieron y piafaron. El auriga los fustigó. «Ni nieve, ni viento, ni lluvia —farfulló—. Arre, Tarzán; arre, Tony. Es un día dichoso; vamos allá, muchachos». Luego, cuando vio el bulto amorfo de carne que los asustaba, cambió el rumbo de los afilados ejes de las ruedas y no hubo día en ese lugar.

Lou sabía que debía esconderse, pero no había ninguna cavidad, ningún oso. Se refrescó en el río; se ovilló y desovilló, se dobló y desdobló, porque sabía que ella venía del agua. Se chupó los dedos de las manos y los pies, fingió que renacía. Las olas siguieron lamiendo la orilla.

«No ha sido muy inteligente —le dijo el diablo, esa noche— cometer un acto de bestialismo con una mascota vieja y cutre. Un armadillo al menos habría sido original, al menos habría supuesto un desafío. El bestialismo en sí está bien, pero hay que hacerlo con estilo. Y tú nunca has hecho nada con estilo, ¿verdad? No eres más que una vieja tela de lona, mujer. No tienes originalidad ni elegancia. Cuando tu amante se largó con esa jovencita ingenua, soltaste las típicas vulgaridades y garabateaste las aceras con tiza como una niña, cuando deberías haber pensado que sin él no te perdías nada. Luego fuiste a por tu jefe (fíjate lo poco imaginativa que puedes llegar a ser) y, cuando te folló, te aseguraste de que no fuera encima de los mapas más valiosos. No tienes orgullo, ni personalidad. Un abominable hombre de las nieves habría sido exquisito, o podrías haberlo intentado con algo más refinado, como una especie interesante de topillo acuático. El hueso peneano del *lemming* solo es visible con microscopio, ¿sabes? Hay un cura en el Ártico que los colecciona... Yo mismo podría habértelo contado, si me hubieras escuchado. El problema de las chicas de Ontario es que nunca adquirís la menor sofisticación. Te engañas con ese oso: es tan interesante como un sofá... Como tú, de hecho. Ahora sé buena chica y vete. No caerán estrellas al alcance de tu mano».

El oso se le acercó. Su respiración era infinitamente pesada y suave. Lou comprendió que velaba por ella. Era por la mañana, debía de estar hambriento. Se levantó despacio, aturdida, y abrió una lata de alubias para los dos. Se las comieron frías.

20

Se miró en el espejo de cuerpo entero de Jocelyn Cary. Tenía pelo y ojos de loca. Tenía la piel marrón, el cuerpo distinto, y su cara no era la misma de antes. Se dio miedo.

Calentó agua y se lavó el pelo y la cara en la palangana. Se cepilló los dientes, pero el dentífrico le dio náuseas. Encontró pintalabios, un cepillo y algo que ponerse en los ojos. Encontró también una camisa de cuadros limpia.

Subió a la motora y fue hasta el puerto deportivo. Babs estaba en el mostrador.

—¿Dónde está Homer? —preguntó.

—Arriba, en el aserradero, la primera a la derecha después de las cascadas —dijo Babs, sin mirarla a la cara.

Lou condujo hasta el pueblo y compró *whisky*. Homer estaba en el aserradero abandonado, llenaba la camioneta con leña que vendería a los campistas.

—Cuánto tiempo sin verte.

—He trabajado sin parar.

—Creí que de tanto estar sola habías perdido el seso.

—He traído algo de beber.

Homer sonrió.

—¿Tazas?

—Tengo una en la guantera.

—Yo también.

Se sentaron en el tronco, uno al lado del otro, y empezaron a beberse el *whisky* a palo seco. Se pusieron al día. Homer no tenía historias que contar. Cuando habían vaciado media botella, él le tiró de la manga y se la llevó a una barraca desmoronada. Se desabrochó el cinturón. Ella hizo lo mismo. Se quedaron medio desnudos uno frente al otro. Homer sonrió.

—No podemos pasar demasiado tiempo sin eso, ¿verdad?

No hubo preliminares. Homer tenía una buena polla y la utilizó. Todo resultaba muy extraño y crudo, y él tenía una forma de vacilar y retomar la

tarea que no se parecía a nada que ella hubiese conocido antes. La excitaba. Estaba bien llenar ese inmenso vacío, pero no sintió nada, nada en absoluto.

Cuando terminó, él le dio las gracias. Luego se vistieron.

—Quédate el resto de la botella —dijo Lou.

—No, tú. Yo lo tengo más fácil.

—Bien. Pásate a tomar una copa alguna vez.

—Claro, gracias.

Lou fue a casa y lloró. Luego fue arriba e intentó trabajar. Seguro que había algo en esa enorme biblioteca, seguro que había un ejemplar anotado de *Roughing It in the Bush*, o un diario. Algo más que una receta de sorbete de frambuesas.

*Otso, tú, mi bienamado
devorador de miel de los bosques,
que la ira no hinche tu pecho...
No tengo fuerzas para darte muerte,
ofrece tu vida de buen grado
en sacrificio a la Tierra del Norte...
Nunca te trataremos mal,
vivirás en paz y abundancia,
te alimentaremos con leche y miel...*

—EL KALEVALA

—¡Dios! —gritó—. Nunca he sido una mujer que llevase a la iglesia collares de animales que se devoran entre sí. No quiero sus tripas para mis ventanas ni cortar la hierba con su escápula. Solo quiero quererlo.

Pero esa noche el oso olió hombre en ella y no se le acercó.

* * *

—La gente se vuelve un poco rara por aquí, si pasa demasiado tiempo a solas... —dijo Homer—. Hubo un coronel que fue juez de paz después del primer Cary. Disparó al hombre que disparó al castor que tenía de mascota. Orville Willis y el sueco que trabajaba para él pasaron todo el invierno en un tipi cerca de Gardner's Reach, cortando troncos para una cabaña, alimentándose de nabos y de pescado. En primavera, uno de los Leroy los encontró acurrucados como niñitos, muertos y bien muertos. La señora Francis, una dama inglesa, y su hija se quedaron solas en la granja de Ralph,

ese inútil que tenía por hijo. Les entraron unas ganas tremendas de comer carne, así que fueron al establo y atraparon golondrinas con esas redes que las señoras se ponían en el sombrero. Las desplumaron y las asaron en las agujas de esos mismos sombreros... Dijeron que no estaban nada mal. Por aquí también hay avellanas silvestres, están muy ricas. ¿Otro trago?

Lou estaba sentada con las piernas cruzadas, algo apartada de él. Homer se acercó, despacio.

—Apesta a oso —le dijo.

—No me extraña. Es imposible vivir con él sin vivir cerca de él.

Lou se quedó mirando las orejas pelonas de Homer y recordó su cuerpo sin vello. Se estremeció.

—La gente se vuelve rara cuando pasa demasiado tiempo sola.

—Tengo mucho trabajo pendiente.

—¿Y qué van a hacer con este sitio?

—Usarlo para conferencias, quizá.

—No hay sitio. Aquí pueden dormir cuatro, como mucho.

—No sé —dijo ella, impaciente—. No sé, tengo que redactar un informe y no sé qué poner.

—Seguramente acabará siendo una base de pesca para los mandamases del Gobierno.

—¿Tú y Joe queréis seguir cuidando de esto?

—Claro, es un trabajo.

Cuando la botella se acabó, ella lo acompañó a la motora. Homer le dio un hatillo de cartas. El aire era gélido.

—Viene el otoño. Te irás pronto.

—Pronto, Homer.

—Joe dice que un día de estos pasará a buscar al oso. La vieja señora Leroy no se encuentra muy bien. Tienen la extremaunción en la mesita todo el tiempo, y quiere ver al oso antes de irse. Joe dice que la otra noche calculó que su abuela tendrá ciento cuatro años.

—Un clima saludable, Homer.

—En los viejos tiempos, cuando todos los funerales se hacían en barca, era bonito.

—Debía de serlo, Homer.

Él se marchó.

21

Las lanchas desaparecieron milagrosamente a principios de septiembre, después del Día del Trabajo. El río volvía a enfriarse, pero al mediodía Lou y el oso todavía podían jugar como nutrias en el agua. Después, en la orilla, ella se arropaba con el albornoz.

Tenía que preparar conservas. Había envases en el sótano, viejos tarros verdosos de tapas oxidadas y gomas cedidas que ahora valdrían una fortuna en las tontas tiendas de antigüedades. Pero el huerto estaba hecho un desastre y, en lugar de cuidarlo, se pasaba las tardes ganduleando con el oso al sol, pensando en todo lo que le quedaba por hacer si iban a pasar juntos el invierno, imaginándose en un austero pasado pastoral demasiado remoto para poder aferrarse a él, recordando el sabor chirriante del suero de mantequilla fresco, la cálida cremosidad del *succotash*, cómo una de sus tías hacía jabón con grasa de beicon y lejía, y aquella vez que quemó las camisas europeas del jornalero con una plancha, aunque esta había chisporroteado al escupirle encima.

Se sentía perezosa y sucia. Tenía las uñas rotas. El oso y ella se pasaban el día sentados en el césped con pomposa ociosidad. Por la noche, holgazaneaban ante el fuego de arriba.

Oso y mujer junto al fuego. Los dos en cueros. El espeso pelaje lamiéndola de nuevo, las manos de ella en su pelo. Ahora Lou se bebía aquel olor.

Noche y silencio. A lo lejos, los últimos veraneantes recorrían el río con sus motoras. Una vez, al oso le cayó en el pelo la chispa de un tronco de abedul. Olió a plumas chamuscadas hasta que ella lo apagó con la lengua.

El oso era cada vez más lento. Iba perdiendo su diligencia. Comía en grandes cantidades. Lou sabía que le estaba creciendo un tapón de grasa en el ano para la hibernación. Ella casi —ay, del todo— había terminado el trabajo.

Si se alejaba de aquel pelaje, tenía frío. Se le acercó más y más, hasta que el oso la envolvió. Él movió una pierna y estuvo a punto de romperle el brazo. Lou había olvidado lo mucho que pesaba.

—Se acabó —le dijo—. Se acabó. Tú tienes que volver a tu sitio y yo al mío.

Se sentó y se puso el jersey.

El oso se sentó delante de ella, frotándose el hocico con la pata: parecía confuso. Luego bajó la vista para mirarse. Lou también miró. Despacio, mágicamente: la enorme polla se erguía despacio.

No tenía forma de tulipán, como la de los hombres. Era roja, puntiaguda e impresionante. Lou lo miró. El oso no se movió. Ella se quitó el jersey y se le puso delante a cuatro patas, en la postura animal.

Él levantó la pata y le dio un zarpazo en la espalda.

Al principio, Lou no sintió dolor. Simplemente se apartó de un salto y se volvió para mirarlo. El oso, sentado en la misma postura, había perdido la erección. Ella no descubrió nada en su cara, nada que le indicase qué debía hacer.

Cuando notó la sangre que le corría por la espalda, supo que tenía que huir.

—¡Fuera! —gritó, mientras se ponía el jersey para..., bueno, abrigarse, cubrirse, absorber la sangre—. ¡Fuera!

Sacó una rama del fuego y la agitó delante del oso.

—Sal, vete. Hora de acostarse. Fuera.

Despacio, con parsimonia, él se levantó y bajó pesadamente la escalera.

Lou colocó la pantalla delante del fuego. Se puso los vaqueros. Apagó la lámpara de queroseno. Cogió sus cigarrillos y lo siguió escalera abajo. El oso tiró algo al suelo, en la cocina. Olerá mi sangre, ahora me buscará, pensó.

—¡Vete! —gritó. El oso salió apresuradamente por la puerta trasera. Ella caminó lo más erguida que pudo hasta la puerta, la cerró y se desplomó temblando en la cama.

Cuando despertó, aún había luz. Lou ardía y sabía por qué. Había pasado demasiado tiempo al sol, debía de ser 2 de julio, su madre le había untado la espalda con esa especie de cemento en pasta y se había quedado pegada a las sábanas, temblando por la insolación. Tendría fiebre y vomitaría un montón, la cuidarían y le dirían que siempre era una extremista en todo. Lo único que podía hacer era arrancarse las sábanas de muselina y acabar cuanto antes con aquello.

Forcejeó. No se soltaba. Algo no encajaba. Intentó levantar el brazo. El dolor gritó y le retumbó en los oídos. Se acordó.

Ay, Dios, soy tonta, tonta, ton...

Era de día. La luz entraba a raudales, estaba acostada en la cama en pleno día. Incapaz de levantar el brazo izquierdo. Había pasado algo. Eso.

Cristo, ten piedad.

La habitación donde yacía estaba sucia. Tenía las manos sucias. ¿Cuánto tiempo llevo así?, se preguntó. ¿Dónde está él? ¿Se ha ido a dormir?

Movió las piernas. Bien. Descubrió que estaba vestida. Podía mover la cabeza, el brazo derecho y ahora, despacio, el izquierdo. Ay, Dios, reverendo Wesley, esto duele. Tengo las manos frías y me arde la cabeza. Debo levantarme.

Descubrió que podía darse la vuelta en la cama. Descubrió que podía ponerse en pie. Fue a la cocina y descubrió que podía andar. Bebe. Toma una aspirina.

Me ha desgarrado, pensó. ¿No es eso lo que querías, decadente putilla de ciudad?

Se apoyó un rato en la encimera de la cocina, mientras decidía qué hacer. Después salió de la casa y se metió vestida en el río hasta notar que el jersey se le despegaba de la herida.

Intentó recordar lo sucedido. Recordaba que el oso se incorporó, y luego aquel otro gesto. Después siguieron sus gritos. Su huida. ¿Había sido una insensata? ¡Oh, no! Si todavía quedaba en él bastante de animal salvaje para hacer eso, entonces la sangre...

El agua estaba helada. Se levantó y corrió a la casa. Se quitó el pantalón y, con suma dificultad, el jersey. Se miró desnuda, una vez más, en el gran espejo ovalado.

Había cambiado. Tenía el cuerpo de una mujer mucho más joven. La grasa de la vida sedentaria había desaparecido y dejaba al descubierto la forma de las costillas. Se volvió despacio y, por encima del hombro, se miró la espalda en el espejo. Un verdugón largo, rojo, coagulado, le cruzaba la espalda del hombro a la nalga. Debo conservarlo, pensó. Y no es la marca de Caín.

Fue a la cocina y empapó una camiseta en desinfectante. Se la puso un rato sobre los hombros. Luego se vistió y empezó a hacerse el desayuno muy despacio.

Cuando salió, el oso aguardaba expectante. Le dio el plato de comida. Se sentaron tranquilamente uno junto al otro. Ella tembló un rato. Hacía algo de frío. El oso se le acercó un poco.

Una vez arriba, él se echó para contemplar el juego de las llamas mientras Lou, sentada al escritorio, abría el correo que Homer le había llevado unos

días antes. Un *Times Literary Supplement* de verano atiborrado de publicidad para archiveros, varias cartas airadas del director (¿andaría falto de sexo?), una carta de su hermana en la que describía cosas que solo interesan a las madres, pero que hay que decir de todos modos.

Se sentó un rato junto al oso y leyó. La noche anterior había temido que el olor a sangre lo incitara a atacarla, pero hoy él era algo distinto: amante, dios o amigo. O quizá perro, porque, cuando tendió la mano, el oso se la lamió y restregó el hocico.

Pero algo se había perdido entre ellos: la comunión intensa, vibrante, que los había unido durante el verano. Cuando miró por la ventana, los abedules ya amarilleaban, raleaban las hojas.

Empezó a guardar metódicamente en la maleta sus libros y papeles. Cuando terminase, empezaría a limpiar la casa.

Esa noche, tiernamente echada a su lado ante el fuego con la ropa puesta, se sintió una criatura de pecho, una niña, una inocente. Fuera, los colimbos le dedicaban sus agudos gritos. Los juncos se rozaban y le cantaban una canción. Envuelta en el pelaje del oso se sentía arropada en una cesta, acariciada por diminutas olas, protegida por el aliento de bestias amables. Sentía dolor, pero era un dolor dulce y agradable que no pertenecía al sufrimiento mental, sino a la tierra. Olía el musgo y las limpias flores del Norte. Su piel era seda, y terciopelo el aire que la rodeaba. Los guijarros resplandecían bajo las aguas nocturnas con una belleza que tenía valor propio, no el de un joyero. Siguió acostada junto al oso hasta que los pájaros de la mañana empezaron a cantar.

Lo que él le había transmitido, Lou lo desconocía. No era la simiente de los héroes, ni magia, ni ninguna virtud asombrosa, porque ella seguía siendo la misma; pero por un momento intenso y singular había notado en los poros de su piel y en el sabor de su boca que sabía para qué servía el mundo. No se sentía por fin humana, sino por fin limpia. Limpia, sencilla y orgullosa.

Fue a la orilla del río y contempló el milagro del amanecer. Notó el roce de los siniestros lucios entre los juncos que eran su casa. Observó las bandadas de las últimas aves del verano e intuyó, sin asustarse, la alta mirada de los azores.

Tenía los pies sumergidos en agua fría, pero el aire era amable y gentil. Dio media vuelta y la casa blanca que había detrás también le pareció frágil y sencilla; ya no un símbolo, sino una entidad.

Entró y siguió guardando sus ordenadas carpetas en la maleta.

Más tarde, llamó a la puerta de atrás un hombre enorme de cabellera negra que vestía un chaquetón a cuadros rojos. Era Joe King, el sobrino de Lucy Leroy. Joe sabía que ella se marchaba, dijo, y él y Lucy querían hacerse cargo del oso antes de que llegara el invierno.

Bueno, pensó Lou. Bueno, ya está. Pero parecía el momento adecuado.

Preguntó por la salud de Lucy, que se mantenía estable.

—Mi tía se alegrará de verlo. Estaba muy encariñada con ese oso y ahora se queja de que no tiene a nadie con quien hablar. Espera que os hayáis hecho amigos.

—Hemos nadado juntos muchas veces.

—Lo veo en buena forma.

—Voy a echarlo de menos, pero no creo que pudiera llevármelo a Toronto.

—Si lo dejamos aquí, algún maldito cazador acabará con él.

—No lo mataréis cuando Lucy se haya ido, ¿verdad?

—Solo si enferma. Ya no comemos pies de oso. Además, seguro que Lucy nos lo hará jurar. Tranquila, no hay de qué preocuparse.

Lou se acercó al oso y le puso la cadena con delicadeza.

—Lucy dijo que te llevarías bien con él —dijo Joe.

—¡Oh, me he llevado bien con él! Es un tipo estupendo.

—¿Cuándo vuelves a Toronto?

—Dentro de un par de días. Tengo que dejar la casa en condiciones. Y aún me quedan unos pocos documentos pendientes.

—Supongo que no habrás encontrado ningún tesoro escondido. No se enteraban de mucho, esos Cary. Eran turistas.

—Comparados contigo y con Lucy.

Lou los acompañó al embarcadero. Luego volvió a la casa y les llevó el resto de comida para perros. El oso ya se había acomodado, satisfecho, en la barca. Lou le acarició el pescuezo con ternura y le rascó las orejitas cartilaginosas.

—Adiós —dijo.

Joe arrancó el motor. El oso dio un respingo al oír el ruido, sacó la lengua y lamió la mano de Lou. Luego Joe se despidió con un gesto despreocupado y ella se quedó ahí plantada, mirando al oso que se alejaba canal abajo en la proa de la motora con la nariz al viento, como una anciana gorda y digna. No miró atrás. Ella tampoco esperaba que lo hiciera.

Barrió la casa, recogió sus cosas e hizo varios viajes para llevarlo todo al coche. Dejó en el pueblo la colada de los Cary, sábanas ensangrentadas incluidas, a nombre de Homer. Fue al banco y sacó suficiente dinero para saldar la enorme cantidad que le debía.

Volvió y se sentó en la casa inmensa y vacía. No había descubierto sus misterios. Era un bonito edificio, pero no tenía secretos. Hablaba solo de una familia que no quiso ser normal, que temía más que nada perderse en la Historia. Con sus exquisitas mesas, sus cenefas de terciopelo y sus espejos de

cuerpo entero, las esposas inglesas habían proclamado su aristocracia en esas islas de indios y veraneantes.

No les sirvió de mucho, pensó Lou, perecer en aquellas tierras remotas. Coronel Jocelyn Cary fue la única que aprendió algo: cómo curtir una piel de lince.

Arriba, en el despacho, Lou retiró la caricatura de Rowlandson de la pared. Perteneecía a una época de su vida que ya había dejado atrás. Quitó el polvo de los libros y cerró las vitrinas. Contra todas las normas, envolvió la primera edición de *Wacousta* y el Bewick en el ejemplar del *Times Literary Supplement* para llevárselos. Algún invierno los aficionados a las motos de nieve allanarían la casa. Se llevarían el telescopio por los tornillos de latón y romperían los globos terrestre y celeste. Bueno, que el mundo se hiciera pedazos... Así era como las cosas tenían que ser. El oso estaba a salvo. Ella salvaría estos dos libros.

Dudó con la colección de notas de Cary. A Lou le parecían más suyas que del instituto, pero finalmente las metió en un sobre y las dejó en un cajón del escritorio con el rótulo «Notas de Cary sobre los osos». Ella ya no las necesitaba.

Cumplir con estas tareas, que realizó bien y a conciencia, le dio una paz inmensa. Ella deja su casita bien limpita, pensó.

Subió a la atalaya y echó un último vistazo a las impresionantes vistas de Cary. Fue a la charca del castor donde jamás había visto un castor. Los azores no estaban. Observó el desastre del huerto. Se detuvo en el umbral del viejo establo del oso y olió el tufo embriagador. Vaya, pensó. Vaya.

Ya atardecía cuando terminó de limpiar la cocina. Dejó unas cuantas conservas para los que pasaran por allí y la encimera impecable antes de llevar sus últimas cosas a la motora. El río estaba picado porque se había levantado un viento otoñal. Se sentía tierna, serena. Recordó sus noches sentada ante el fuego con la cabeza del oso en el regazo. Recordó la noche en la que llovieron estrellas ardientes sobre su cuerpo. Recordó la culpabilidad y el sueño en el que su madre le hacía escribir cartas de disculpa a los indios por haberse liado con un oso, y recordó la zarpa que había curado esa culpabilidad. Se sentía fuerte y pura.

Cuando fue a devolverle las llaves, tomó con Homer una copa de despedida en el mostrador, sin que Babs los viese. Él prometió instalar postigos en las ventanas, cuidar del sitio en invierno y mandar la factura al instituto.

—Lucy morirá feliz, ahora que tiene al oso a su lado —dijo él.

—Es un buen oso.

—Supongo. Yo no lo sé.

Lou recordó la extraña protuberancia de la dentadura postiza de Homer que había descubierto el día que hizo el amor con él.

—Bueno, adiós. —Le estrechó la mano—. Gracias por todo. Lo del huerto no ha acabado de funcionar.

—Lo has hecho muy bien. ¿Volverás por aquí?

—No creo. Estoy pensando en cambiar de trabajo. Es hora de pasar página.

—Ven de vacaciones. Te haré un precio especial en el *camping*.

—Gracias, Homer.

Condujo toda la noche hacia el sur por el trayecto más largo. Llevaba un jersey grueso y viajó con las ventanas abiertas hasta que el olor de la tierra dejó de ser el del agua y los árboles para convertirse en ciudades y polución. Era una noche brillante, resplandecían las estrellas y, allá arriba, la Osa Mayor y sus treinta y siete mil vírgenes le hacían compañía.



MARIAN ENGEL (Toronto, 1933 - 1985). Nació en 1933 en Toronto, Canadá. Licenciada en Estudios Lingüísticos en la Universidad de Ontario, se especializó en Literatura Canadiense en Montreal y estudió en Aix-en-Provence.

En 1962 se casó con un productor de la televisión pública canadiense, Howard Engel, del que se divorciaría en 1977. En 1964 volvieron a Toronto y, a pesar de que tuvo que criar a dos gemelos, comenzó a escribir. En 1968 publicó su primera novela, *No Clouds of Glory*. Sin embargo, su obra maestra es *Oso*, la historia de una bibliotecaria que mantiene una relación íntima con un oso en una remota isla canadiense. El libro, considerado un escándalo, le valió, aun así, el Governor General's Literary Award for Fiction en 1976. Marian Engel fue una apasionada activista por los derechos de los escritores en todo el mundo, y está considerada una gloria nacional en Canadá, siendo alabada por autores como Robertson Davies, Margaret Atwood, Timothy Findley, Alice Munro o Margaret Laurence, con quienes mantuvo una extensa correspondencia. Fue la primera mujer en pertenecer a la junta directiva del sindicato de escritores de Canadá. En 1982 fue nombrada Oficial de la Orden Canadiense. Engel murió de cáncer en Toronto, en 1985.